

AUTOBIOGRAFÍA

Beata Alejandrina María da Costa

Los Salesianos, el propio P. Humberto Pasquale, abrieron la Autobiografía con una nota:

La Autobiografía, escrita por orden del Padre Mariano Pinho, SJ fue dictada por Alejandrina a D. Maria da Conceição Leite Reis Proença, profesora de Balasar. En el Apéndice se aprecian otros pormenores recogidos en una conversación con Alejandrina por el Padre Humberto Maria Pasquale y el Padre Ismael de Matos, salesianos.

Balasar, 20 de Octubre de 1940

Después de unos momentos de oración para implorar los auxilios del Cielo y la luz del Divino Espíritu Santo para poder hacer lo que mi Padre espiritual me pidió, empiezo a describir mi vida, tal cual como Nuestro Señor me la va recordando, todo esto con gran sacrificio.

NACIMIENTO Y BAUTISMO – Me llamo Alejandrina María da Costa, nací en la feligresía de Balasar, concejo de Póvoa de Varzim, distrito de Porto, el 30 de marzo de 1904, un miércoles santo y fui bautizada el 2 de abril del mismo año, era entonces Sábado de Gloria.

Fueron mis padrinos mi tío Joaquim da Costa y una señora de Gondifelos, Famalicão, de nombre Alejandrina.

PRIMEROS AÑOS DE MI INFANCIA – Desde mis primeros años, encuentro en mí tantas maldades, que, como las de hoy, me hacen temblar. Era mi deseo ver mi vida, desde el principio, llena de encantos y de amor para con Nuestro Señor.

Hasta antes de los tres años de edad no recuerdo nada, a no ser alguna caricia que recibía de los míos. Con mis tres años recibí el primer mimo de Nuestro Señor.

Como era muy inquieta, en cuanto mi madre descansaba un poco, teniéndome acostada junto a ella, no quise dormir y levantándome me subí a la parte delantera de la cama para llegar hasta una bolsa que contenía grasa para aplicarse en el cabello -conforme era uso- y por haber visto a alguien hacerlo, empecé a aplicarla en mis cabellos. Mi madre se dio cuenta y al hablarme me asusté. Con el susto tiré la bolsa al suelo, caí encima de ella hiriéndome en el rostro. Fue necesario recurrir al médico que, viendo mi estado se rehusó a tratarme, sintiéndose incapaz. Mi madre me llevó a Viatodos, con un farmacéutico de gran fama, que me curó, aunque le costó mucho, porque fue necesario coser la cara por tres veces y me llevó bastante tiempo que cicatrizara la herida. El sufrimiento fue muy doloroso. ¡Ah, si de esta edad hubiera sabido aprovecharme de él!... Pero no... Después de curarme, quedé muy enojada con el farmacéutico. Éste, me ofreció algunos biscochos y vino, que después de remojados en el vino quería que me los comiese. Yo tenía hambre y, a veces, hasta llegaba a llorar porque no podía mover la quijada. No acepté el ofrecimiento y hasta maltraté al farmacéutico. He aquí mi primera maldad.

Por los cuatro años y medio, me ponía a contemplar el cielo (*la bóveda celeste*) y preguntaba si podría llegar hasta allá, si pudiese colocar unos sobre otros a todos los árboles, casas, cordeles de los carros, cuerdas, etc., etc. Como me dijese que ni así llegaría, quedaba descontenta y nostálgica, porque no sé que es lo que me atraía hacia allá.

Recuerdo que por esas fechas, teníamos en casa una tía enferma, que murió de cáncer y me llamaba para cuidar a su hijo, primer fruto de su matrimonio, servicio que hacía con toda prontitud, ya sea de día o de noche.

Ya en esa edad amaba mucho la oración, pues recuerdo que mi tía me pedía que rezara con ella para obtener su curación.

DESARROLLO DE MI INSTRUCCIÓN RELIGIOSA. EMPECÉ A FRECUENTAR LA CATEQUESIS – Comencé a frecuentar la catequesis y a dar muestras de un grande defecto, la obstinación. Un día fui a la doctrina a la iglesia y el coadjutor del Señor Abad, P. Antonio Matias, me indicó el lugar que debía tener entre las pequeñas de mi edad, pero, como iba acompañada de otras niñas de más edad, quise tomar mi lugar entre ellas. Por más cariños que el Reverendo me hizo y me mostraba santitos, yo no fui capaz de ceder a su orden. Días después, Su Reverencia me convenció y quedó siendo mi amigo y hasta me abrigaba de la lluvia con su capa, de la casa hasta la iglesia y de allí a casa. Recuerdo que era muy voluntariosa.

Cuando me encontraba en la iglesia, me ponía a contemplar a los santos y los que más me encantaban eran las imágenes de Nuestra Señora del Rosario y San José, porque tenían unos vestidos muy bonitos y yo deseaba tener unos iguales a los de ellos. No sé si sería ya el principio de la manifestación de mi vanidad. Quería tener unos vestidos así, porque me parecía que quedaría más bonita con ellos.

A esta edad manifestaba mis defectos, pero también mostraba mi amor para la Madre del cielo, y recuerdo con entusiasmo que cantaba los versitos a Nuestra Señora y hasta recuerdo el primer cántico que entoné en la iglesia que fue «Virgen pura, tu ternura, etc.»

Me gustaba mucho llevarle flores a las celadoras que componía el altar de la Madrecita.

VIVEZA DE CARÁCTER – Era viva e tan viva que hasta me llamaban María-Rapaz. Dominaba a las compañeras de mi edad y hasta otras más viejas que yo. Trepaba a los árboles, a los muros y los prefería para caminar por ellos en lugar de las calles.

Me gustaba mucho trabajar: arreglaba la casa, acarreaba la leña y hacía otros servicios caseros. Tenía gusto porque el trabajo fuese bien hecho y me agradaba andar aseadita. También lavaba la ropa y, cuando más no tenía que lavar, lavaba mi delantalito. Cuando no sabían donde andaba, era cierto que me encontraban lavando en un riachuelo que corría cerca de mi casa.

Un día fui con mi hermana y una prima a apacentar el ganado, entre el que había una yegua. En un cierto momento, la yegua huía para el lado del campo que estaba cultivado y como se regresase, me tiró en el campo, cayéndome de cabeza y después quedé abajo de ella, de vez en cuando me raspaba el pecho con una pata sobre mi corazón, como quien brinca. Se levantaba, relinchaba y volvía a hacer lo mismo. Esto pasó varias veces, pero no me pasó nada.

Mis compañeras gritaban y acudieron varias personas, que quedaron admiradas de qué saliera ilesa de los brincos del animal.

Cuando me encontraba con unas primas que vivían más lejos, cantaba con ellas por los caminos el Avemaría. También me gustaba cantar cánticos del

campo y hasta recuerdo el lugar en que canté la primera estrofa y recuerdo la letra. Era así:

**¡Oh María, dame luz,
Que bien veo el alumbrar.
Manda tu amor para acá,
Qué yo bien lo veo para allá ir!.**

Una vez fui a visitar a mi madrina y tuve que atravesar el río Este, que llevaba mucha corriente, llegando a tapar algunas piedras que servían de pasadizo, y sin pensar en el peligro a que me expuse, atravesé la corriente por esas piedras y el agua ya me andaba llevando. Fue milagrosamente que escapé de la muerte, bien que mi hermana me acompañaba. Me alegraba mucho visitarla, porque me daba dinero. Poco después murió y fue mi primer disgusto. Tenía pena por ella, del regalo del bolo y la ropa de los siete años que me había prometido. Mi abuelita supo quitar ese disgusto, dándome bolo todos los años.

Tenía 6 años cuando de noche me entretenía por mucho tiempo viendo caer sobre mí innumerables pétalos de flores de todos colores, me parecía que era lluvia menudita. Esto se repitió varias veces. Yo veía caer estos pétalos, pero no comprendía, tal vez fuese Jesús invitándome a la contemplación de sus grandezas.

IDA A PÓVOA PARA ASISTIR A LA ESCUELA – En enero de 1911 fui junto con mi hermana Deolinda a Póvoa de Varzim, para asistir a la escuela. No quiero pensar cuanto sufrí con la separación de mi familia. Lloré mucho y durante mucho tiempo. Me distraían, me acariciaban, me hacían todos mis deseos y después de algún tiempo me resigné.

Continué siendo muy revoltosa: me agarraba en los carros (americanos) y me dejaba ir un poco y después me tiraba al suelo y caía; atravesaba la calle cuando pasaban, siendo necesario que el conductor tuviera que acusarme a la patrona. Muchas veces salía de casa y me iba a juntar sargazo en la playa, metiéndome en el mar como hacen las pescadoras. Lo traía a casa y se lo daba a la patrona, que se los vendía a los labradores. Con esto afligía a la patrona, pues lo hacía a escondidas, aunque rápidamente.

PRIMERA VISITA DE JESÚS A MI ALMA – Fue en Póvoa de Varzim que hice mi primera comunión, con siete años de edad. Fue el Padre Álvaro Matos quien me preguntó la doctrina, me confesó y me dio por primera vez la Sagrada Comunión. Como premio, recibí un lindo pañuelo y una estampita. Cuando comulgué, estaba de rodillas y a pesar de ser muy niña, miré la Sagrada Hostia que iba a recibir de tal manera que quedó grabada en mi alma, pareciéndome que me unía a Jesús para nunca más separarme de Él. Parecía que se había prendido en mi corazón. La alegría que sentía era inexplicable. A todos daba la buena nueva. La encargada de mi educación me llevaba a comulgar diariamente.

RECIBÍ EL SANTO CRISMA – Fue en Vila do Conde donde recibí el Sacramento de la Confirmación, administrado por el Obispo de Porto. Recuerdo muy bien esta ceremonia y la recibí con todo el consuelo. En el momento en que fui crismada, no sé lo que sentí dentro de mí, me pareció ser una gracia sobrenatural que me transformó y me unió cada vez más a Nuestro Señor. Sobre esto, quisiera explicarme mejor, pero no lo sé hacer.

AMOR A LA ORACIÓN – A medida que fui creciendo iba aumentando en mí el deseo de orar. Todo quería aprender. Todavía conservo las devociones

que aprendí en mi infancia, como: *Acuérdate, purísima Virgen María, Oh Señora mía, Madre mía*, el ofrecimiento de las obras del día – *Te las ofrezco, Dios mío* –, la oración al Ángel de la Guarda, oración a S. José y varias jaculatorias.

Cuando iba de paseo al campo con la patrona y otras niñas, huía del convivio e iba a coger flores que deshojaba para hacer tapetes en la iglesia de Nuestra Señora de los Dolores. Era mayo y me complacía ver el altar de la Madrecita adornado de rosas y claveles y de respirar el perfume de esas flores. Algunas veces ofrecía a la Madrecita muchas flores que mi madre me llevaba.

El capellán de Nuestra Señora de los Dolores organizó varias comisiones de niñas para conseguir medios para el culto de la capilla. Esas comisiones nos llevaban por las feligresías vecinas de Póvoa. Yo fui para la Aguçadoura y aceptábamos todo lo que nos dieran, ya sea patatas, cebollas, etc. Por más que pidiésemos poco conseguíamos y tuvimos una idea, la de asaltar un campo y coger las patatas, cerca de dos kilos. Fui una de las que hizo esa acción, mientras otras vigilaban. Entregamos las ofertas, pero no contamos lo que había pasado.

DEDICACIÓN DE LA ENCARGADA DE MI EDUCACIÓN – Recuerdo haber acompañado a mi patrona a Laundos a cumplir una promesa a Nuestra Señora de la Salud. Venía con nosotros una hija de ella y mi hermana. La ayudaba cogiéndola de la mano, porque iba de rodillas y yo iba delante de ella y quitaba todas las piedritas que encontraba en el camino. La hija, aunque era mayor que yo, iba jugando. Era muy dedicada y femenina y cuando me daban alguna cosa, como frutas o dulces, lo repartía con ella, que quedaba toda contenta. Yo lo hacía así, porque mi corazón me lo pedía, a pesar de ser muy mala.

Una ocasión, mi hermana pidió permiso para ir a estudiar a casa de una compañera que vivía cerca de nosotros y yo quería ir también. Como ella no me dejase, lloré y por fin la llamé «poveira»; estaba enojada. No me castigó, pero me dice que no podía confesarme si no le pedía perdón. Mi hermana me dijo lo mismo. Esto me dio mucha repugnancia y, como quisiese confesar y comulgar, vencí mi orgullo. Me puse de rodillas y con las manos juntas le pedí perdón. Ella se conmovió hasta las lágrimas y me perdonó. Sentí una grande alegría porque podía el día siguiente ir a confesarme y recibir a Jesús.

PERSECUCIÓN DE LOS GUARDIAS-REPUBLICANOS – Después de unas fiestas, regresábamos para Póvoa mi hermana y yo, teníamos quien nos acompañase pero solamente nos atravesaron la feligresía. Íbamos por el camino del tranvía cuando vimos de lejos a dos guardias republicanos. Tuvimos miedo de ellos y nos refugiamos en una curva del camino. Como ni hermana llevaba un cestito con lino, ellos creían que llevaba fósforos (espera-galegos) – prohibidos en aquel tiempo – y nos perseguían. Nosotras huimos y gritamos mucho. Con nuestros gritos acudieron varias personas. Ya estaban por abrir fuego cuando comprendieron que no portábamos contrabando. Felizmente escapamos de la muerte.

Estando en Póvoa de Varzim, recuerdo que tenía mucho respeto por los sacerdotes. Cuando estaba sentada a la puerta de la casa, sola o con mi hermana y primas, me levantaba siempre cuando pasaban, y ellos correspondían quitándose el sombrero, si era de lejos, o dándome la bendición si pasaban junto a mí. Observé algunas veces que varias personas se daban cuenta y eso me alegraba y hasta llegaba a sentarme a propósito para tener ocasión de levantarme en el momento en que pasaban

cerca de mí, sólo para tener la alegría de mostrar mi dedicación y respeto por los ministros del Señor.

REGRESO A LA TIERRA NATAL – Pasados 18 meses, mi hermana hizo el examen. Mi madre quería que yo continuase, pero no quise quedarme sola, así que quedé sabiendo poco. Volvimos al lugar donde nacimos y estuvimos cuatro meses; después fuimos a vivir cerca de la iglesia en una casa de mi madre. Una vez mi madre me dio unos suecos. Quedé tan contenta con ellos, porque eran lindos... Para ver la figura que hacía con ellos, me vestí como si fuera a ir a Misa, me los calcé y después me arrodillé, poniéndoles hacia mí, fingiendo que estaba en la iglesia. ¡Cómo era vanidosa!

Era muy amiga de mi hermana, pero cuando me enojaba con ella, le tiraba con lo que tuviese en la mano. Recuerdo haber hecho eso cuando menos dos veces. Quiero que mi genio no quede encubierto. También me gustaba hacerle partiditas, como cuando me levantaba primero que ella, me ponía en la puerta del cuarto para impedir que pasara y para hacerla caer. Lo mismo cuando la llamaba prejuiciosa. Hacía varias partidas de este género. También las tenía de mal gusto, pues una vez levanté la tapa de una caja y la dejé caer con fuerza comenzando a gritar, fingiendo que me había lastimado. Mi hermana acudió inmediatamente y se afligió bastante. Quedaba muy pesarosa por haberla ofendido pero no guardaba odio ninguno, antes quería acariciar a las personas que ofendía. A pesar de todo esto y de subir a los árboles – pues trepaba muy bien – nunca le hizo daño a las avecitas. No era capaz de tirar los nidos ni de jugar con los pajaritos. Sufría mucho cuando veía nidos deshechos o cuando oía el piar triste y dolorido de los padres por sus hijitos. Llegué a llorar con pena de las avecitas que quedaban sin sus hijitos o de estos que perdían a sus padres.

En las reuniones de la familia, no sé lo que decía pero disponía bien a las personas que me rodeaban, que se reían a buen reír. Mi madre decía: «Los hidalgos tienen un bobo que los hace reír, yo no soy hidalga pero también tengo quien me alegra para hacer fiesta».

MIS PRIMERAS CONTEMPLACIONES – Por los nueve años, cuando me levantaba temprano para ir a trabajar en los campos y cuando me encontraba sola, me ponía a contemplar la naturaleza. El romper de la aurora, el nacer el sol, el gorjeo de las avecitas, el murmullo de las aguas, entraban en mí en una contemplación profunda que casi me hacía olvidar que vivía en el mundo. Llegaba a detener los pasos y quedaba embebida en este pensamiento, el poder de Dios. Y cuando me encontraba junto al mar, ¡Oh, cómo me perdía delante de aquella grandeza infinita! En la noche, al contemplar el cielo y las estrellas, me parecía esconderme más aún para admirar las bellezas del creador. Cuantas veces en mi jardincito, donde hoy es mi cuarto, miraba el cielo, escuchando el murmullo de las aguas e iba contemplando cada vez más este abismo de las grandezas divinas. Tengo pesar de no saber aprovechar todo para comenzar en esta edad mis meditaciones.

MIS ESCRÚPULOS – Recuerdo haber dicho dos palabras que tomé por pecados, siendo una de estas «diablo». Quedé muy avergonzada y me costó mucho confesarme de ellas. No me gustaba escuchar conversaciones maliciosas y, aunque no comprendiera el sentido de las palabras, llegaba a decir que me retiraba si no hablaban de otra forma. También me indignaba toda cuanto presenciaba escenas indecentes entre personas adultas. Tenía miedo de perder mi inocencia y recelaba de que Nuestro Señor diese algún castigo.

Fue a los nueve años que hice por primera vez mi confesión general y fue con el Padre Manuel das Chagas. Fuimos Deolinda, mi prima Olivia y yo a Gondifelos, donde su Reverencia se encontraba, y nos confesamos las tres. Llevamos merienda y quedamos para la tarde a la espera del sermón. Esperamos algunas horas y recuerdo que salimos de la iglesia para jugar. Después tomamos nuestro lugar junto al altar del Sagrado Corazón de Jesús y yo puse mis suecos dentro de las gradas del altar. La predicación de esa tarde fue sobre el infierno. Escuché con mucha atención todas las palabras de su Reverencia, pero en un cierto momento, nos convidó a ir al infierno en espíritu. Me dije a mi misma: «Al infierno es que yo no voy! ¡Cuándo todos se dirijan para allá, yo no voy!» Y traté de coger mis suecos. Como no vi salir a nadie, me quedé también, pero no dejé más los suecos.

AMOR A LOS POBRECITOS, ENFERMOS Y VIEJITOS – Era muy amiga de los viejitos, de los pobrecitos y de los enfermos y cuando sabía que alguien no tenía ropita para vestirse, le pedía a mi madre e iba a llevarla, quedando a veces a hacerles compañía. Asistí a la muerte de algunos, rezando lo que sabía y por fin, ayudaba a vestir a los difuntos, lo que me costaba mucho; lo hacía por caridad: no tenía corazón para dejar sola a la familia de los muertos y por ser pobrecitos, lo hacía con mucho gusto.

Daba limosna a los pobres y sentía gran alegría en hacer obras de caridad. Algunas veces lloraba con pena por ellos y por no poderlos valer en todas sus necesidades. Mi mayor satisfacción era darles de aquello que tenía para comer, privándome así de mi alimento. ¡Cuántas veces hice esto!... A pesar de ser muy joven, di muchas veces consejo a personas mayores, evitando hasta que practicasen crímenes horrendos, y de todo guardaba absoluto silencio. Venían conmigo y me hacían conversaciones que no eran propias de mi edad, y yo los consolaba y les decía lo que entendía. Presencí y supe de varios casos que por caridad no conté. ¡Cuánto estoy agradecida a Nuestro Señor por haber procedido así: era Su Gracia y no mi virtud!

AMOR A LA ORACIÓN – Iba mucho a la iglesia y llegaba junto con mi catequista y rezaba cuanto ella quería. No dejaba ningún día de rezar la estación al Santísimo Sacramento, meditada, ya fuese en la iglesia, ya fuese en la casa, hasta por los caminos, haciendo siempre la comunión espiritual así:

«¡Oh Jesús mío, ven a mi pobre corazón! Te deseo, no tardes. Ven a enriquecerme con Vuestras gracias; aumenta vuestro santo e divino amor, úneme a Vos, escóndeme en Vuestro Sagrado Lado, no quiero otro bien sino a Vos. Sólo a Vos amo, sólo a vos quiero, sólo por Vos suspiro. Doy gracias, Padre Eterno, por haber dejado a Jesús en el Santísimo Sacramento. Jesús mío, os doy las gracias y por último pido Vuestra santa bendición. ¡Sea alabado en cada momento el Santísimo y Divinísimo Sacramento de la Eucaristía!»

También decía varias jaculatorias, como «Bendito y alabado sea...» y «Gracias y alabanzas se den...»

También me gustaba mucho hacer meditaciones al Santísimo Sacramento y a la Madrecita y, cuando no podía hacerlas de día, las hacía de noche, a escondidas de todos, reservaba una vela para ese fin.

Vidas de santos o meditaciones muy profundas no me satisfacían, porque veía que no me parecía en nada a los santos y en vez de sentirme bien, me hacían mal.

GRAVE DOLENCIA – A los doce años tuve una enfermedad muy grave, llegando a recibir los últimos sacramentos. Me preparé para morir y recuerdo que estaba bien dispuesta para la muerte. Un día en que la fiebre estaba muy alta deliré, pero recuerdo que pedí a mi madre que me diese a Jesús, ella me dio un crucifijo y le dije: «No es ese el que yo quiero. Yo quiero el Señor del Sagrario.»

PERÍODO MÁS DOLOROSO DE MI VIDA DE TRABAJO – De los doce a los catorce años viví con regular salud. Mi madre me puso a servir en casa de un vecino, pero al ajustarme, puso varias condiciones, como: confesarme todos los meses, pasar las tardes de los domingos en casa para ir a la iglesia y estaba bajo el dominio de ella, no andar de noche, etc. La combinación fue de cinco años, pero no estuve hasta el fin. el patrón era un perfecto energúmeno; me llamaba motes, me obligaba a trabajar más de lo que me permitían mis fuerzas. Tenía mal genio y poca paciencia, hasta los animales lo conocían porque les pegaba y los asustaba, siendo casi imposible llamar al ganado cuando él iba junto a nosotros. Me avergonzaba sin causa, fuese delante de quien fuese y yo me sentía humillada. A pesar de estar en el principio de mi mocedad, no sentía alegría con aquel triste vivir. Un día fui al molino a llevar la hornada, pero ya era prima noche cuando llegué allí y por tanto, muy tarde cuando regresé a casa, pues estaba a una hora de camino. Después que llegué a la casa, me riñó mucho, me insultó y hasta me llamó ladrona. Su padre, hombre muy viejito se volvió contra él, me defendió diciendo que yo no había tenido tiempo para más. Todos los días venía a quedarme en mi casa y aquel día, como estaba desesperada, porque mi conciencia no me acusaba de la más pequeña falta, me quejé con mi madre que, después de ser informada del caso, no me dejó regresar, a pesar de pedirle mucho que continuase trabajando. Mi madre, viendo que él no cumplía con el contrato me quitó de servir.

Una vez estuve desde las diez de la noche hasta las cuatro de la mañana en Póvoa de Varzim cuidando cuatro juntas de bueyes, porque el patrón y su amigo me dejaron allí sola, y yo, llena de miedo, pasé aquellas horas tristísimas de la noche. En cuanto vigilaba el ganado, iba contemplando las estrellas que brillaban mucho y me servían de compañeras.

Fue a los doce años que me dieron el cargo de catequista y cantora; trabajaba con mucho gusto, tanto en un cargo como en el otro, pero el canto, puedo decir que tenía para él una pasión loca.

Cuando comulgaba y me encontraba en medio de mis compañeras a dar gracias, sentía una humillación tan grande que me juzgaba la más indigna de recibir a Jesús Hostia....

UN SUEÑO – Una noche iba de la cocina a la sala con un candil y se apagó. Traté de encenderlo regresando a la cocina, pero se apagó varias veces, tenido que andar a oscuras, no recuerdo que hubiese viento que lo pudiese apagar. La última vez que intenté encenderlo me caí, tiré el petróleo que me saltó a la boca. Imaginando que era el chamuco, dije: "Puedes molestarme, que no cogerás nada". Quedé más tranquila, me fui a dormir y tuve un sueño que se grabó en mi alma para nunca más olvidarlo, fue así:

Subí al Paraíso por unas escaleras tan estrechas que mal me cabían la punta de los pies en los escalones. Fue con mucha dificultad y mucho tiempo hasta que llegué, porque no tenía de que asirme. Por el camino, veía algunas almas que estaban al lado de los escalones, dándome consuelo sin hablarme. Ya arriba vi al centro, en un trono, a Nuestro Señor y al lado de Él, a la Madrecita. Todo el cielo estaba lleno de

bienaventurados. Después de contemplar todo esto, tuve que regresar a la tierra y yo no quería. Descendí con mucha dificultad y me encontré en tierra y todo había desaparecido, después desperté.

UNA TARDE DE RECREO – Una tarde fui a pasear con mis primas a un monte próximo de la casa, donde andaban algunos borriquitos pastando. Me subí en uno de ellos, pero como no sabía montar, me caí junto a las matas, pero no me herí con sus picos. Me reí tanto con mis compañeras.

Cuando recuerdo esos juegos, tengo pena por haberlos hecho, antes querrí sólo haber amado a Jesús.

UN SALTO – Hasta los catorce años trabajé en los campos, con tal cuidado que me pagaban el jornal como el de mi madre. Una vez andaba juntando hierba de unos árboles para darle al ganado y me caí, quedando alguno tiempo sin poderme mover y sin respirar, levantándome poco después para continuar mi servicio.

Una ocasión, estábamos mi hermana una pequeña y yo trabajando en la costura, cuando vimos a tres hombres: el que había sido mi patrón, otro casado y el tercero soltero. Mi hermana temiendo alguna cosa y viéndolos seguir nuestro camino me mandó cerrar la puerta de la sala. Instantes después sentimos que subían la escalera que daba para la sala y tocaban la puerta. Les habló mi hermana. El que había sido mi patrón le mandó que abriera la puerta pero no les abrimos. Mi antiguo patrón conocía bien la casa y subió por las otras escaleras al interior de la casa y los otros dos se quedaron en la puerta de la sala. Como estaba cerrado el galpón y resguardado por una máquina de coser, le pegó con un mazo y le dio fuertes patadas hasta reventar el galpón, intentando pasar por allí.

Mi hermana al ver esto, abrió la puerta de la sala para huir, pero quedó presa y yo al ver esto, salté por la ventana que estaba abierta y que daba para la huerta. Sufrí un grande golpe, porque la ventana distaba del piso cuatro metros. Quise levantarme pero no pude, porque me dio un dolor muy fuerte en el estómago. Con el salto se me cayó el anillo que usaba sin encontrarlo, llena de coraje, cogí un palo y entré por la puerta del huerto para la entrada donde estaba mi hermana discutiendo con los dos casados. La otra pequeña estaba en la sala con el soltero. Me aproximé junto a ellos les llamé "canes" y les dije que o dejaban irse a la pequeña o entonces gritaba contra ellos. Aceptaron la propuesta y la dejaron ir.

Fue en ese momento que me di cuenta de la falta del anillo y les dije de nuevo: "Son canes, por vuestra causa perdí mi anillo". Uno de ellos que traía los dedos llenos de anillos me dice: "Escoge uno de aquí". Pero yo, toda enojada, respondí: "No quiero, no les demos más confianza". Se fueron y continuamos trabajando. No le contamos a nadie, pero mi madre vino a saberlo todo. Poco después, comencé a sufrir más y toda la gente decía que fue por el salto que di. Los médicos también afirmaron que mucho concurrió para mi enfermedad.

SUFRIMIENTOS FÍSICOS Y MORALES – A los catorce años y cuatro meses dejé el trabajo para siempre, aunque hacia meses que me costaba mucho trabajar. Comencé a consultar médicos, cosa que me costaba muchísimo. Ellos me trataron de varias dolencias; al principio todo corría bien y todos tenían pena de mí y yo sólo sentía el disgusto por mis males. Esto duró bien poco. Mis mejores amigas, personas de la familia y el mismo párroco se voltearon contra mí. Llegaron a burlarse por mi modo de andar, por la

posición de mi cuerpo que tenía en la iglesia.... pero yo no podía estar de otra forma.

El párroco decía que yo no comía porque no quería y si muriese me iba a ir al infierno. Cuando iba a confesarme decía que mi mayor pecado era no comer. Estas palabras me hicieron sufrir mucho, sola con Nuestro Señor era como me desahogaba.

Cuando iba de casa para la iglesia y regresaba, miraba los montes y pensaba en huir y refugiarme donde nadie me viese, pero Nuestro Señor nunca me dejó hacer esto. Lloré tanto, tanto, al verme en la situación en que me encontraba... no recuerdo bien el tiempo que duró este sufrimiento, pero sé que no llegó a un año.

Como empeorase cada vez más y al verme en ese estado fue el mismo párroco quien aconsejó a mi madre llevarme con un médico conocido de él. Fue ese quien me vino a quitar del martirio en que vivía, diciendo a los que preguntaban porque no comía diciendo que no podía. A pesar de estar lejos de comprender todos mis sufrimientos, supo ser bueno conmigo.

DOLORES SIN ALIVIO, DOCE AÑOS DE PREOCUPACIÓN CONTINUA – Nuestro Señor me alivió de una, pero me dio otro sufrimiento mayor aún. Sólo tuvo conocimiento Jesús y algunos años más tarde mi Padre Espiritual. ¹ El sufrimiento moral a que alude Alejandrina con tanta discreción queda plenamente desvelado en esta recomendación hecha por el P. Pinho a Deolinda luego que tomó cuenta de su alma: «Nunca deje a su hermana sola cuando venga a visitarla el Párroco.»

Pasaron seis años de dolencia, un poco de pie, otro poco en la cama. Durante este período llegué a estar hasta cinco meses sin levantarme, continuando en el mismo sufrimiento moral por espacio de doce años sin nunca decirle a nadie. Cuando me encontraba sola y presa en mi lecho, volteaba hacia el cuadro de la entronización del Sagrado Corazón de Jesús, pe pedía que me liberase de tal sufrimiento, que me diese luz para conocer lo que debía de hacer, en cuanto iba llorando muchas lágrimas.

No dejé de pedir mucho a la Madrecita para que intercediese por mí con las mismas intenciones.

TRATAMIENTO EN SERIO DE MI DOLENCIA, VARIAS PRETENSIONES DE CASAMIENTO – A mis dieciséis años, poco más o menos, continué mi tratamiento en Póvoa de Varzim.

Una mañana cuando me dirigía a la iglesia, noté que alguien apresuradamente se aproximaba a mí. Era un militar que se dirigía a mí para pedirme relaciones de noviazgo. Rehusé inmediatamente, pero como insistiese y no dejase de acompañarme, le dije que se retirara porque iba a la iglesia. Me pidió permiso para estar conmigo cuando regresase de la iglesia. Le prometí que estaría, sólo para librarme de él, con la idea de regresar por otro camino. Al regresar observé si lo veía y como nada notase, me vino por la misma calle. En un cierto momento surgió, no sé de donde y me dice:

«¿Oh pequeña, usted qué me prometió?», y trataba de acompañarme a casa. Paré y le hablé, diciéndole que estaba enferma y que mi madre no consentía que me enamorase. Me costó mucho convencerlo. De pronto, apareció mi hermana y me regañó, pensando que yo estaba noviendo. No regresé más por aquel camino, con recelo de encontrarlo. Con esto, todo terminó.

Varias veces me vi frecuentada por jóvenes que me pedían noviazgo, pero nunca acepté. Llegué a decirle a uno que me hablaba de casamiento: "No dejo a mi familia por causa de un hombre".

Siendo del conocimiento del Párroco que otro me pretendía, me habló así: "Si quieres al rapaz, eso es todo conmigo." Yo le respondí: "Yo estoy buena para casarme", porque ya me sentía bastante enferma y además de eso no tenía ninguna inclinación por el casamiento.

A veces pensaba que si un día fuese casada, como educaría a los hijitos para que fuéramos todos de Nuestro Señor.

VIGILANCIA DE LA QUERIDA MADRECITA – A mis 18 años inesperadamente me vi en un peligro muy grande. Recuerdo que llevaba mi rosario en la mano y que apreté una medalla de Nuestra Señora de las Gracias y de repente, me libré del peligro. Fue sin duda la Madrecita del Cielo velando por mí. ¡Oh, cómo le estoy agradecida!

DESEOS DE SER CURADA, CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD DE DIOS – A los 29 años encamé y esta vez, como la otra, no tuve quien me dijera_ "Deja pasar algún tiempo, que aún irás a levantarte." En este tiempo, el médico de Porto, Dr. João de Almeida, le informó a mi madre que temía que yo empeorase.

A partir de ese momento, comencé a tener por enfermera a mi hermana, porque mi madre se ocupaba en servicios del campo y mi hermana costuraba. Tuve momento de desaliento, pero nunca de desesperación. Nada en el mundo me atraía, sólo tenía nostalgia de mi jardincito, porque amaba mucho las flores. Algunas veces ayudada por mi hermana fui a verlo, para quitarme esa nostalgia. Tenía mucha nostalgia de Jesús, de nuestra iglesia y cuando había fiestas del Sagrado Corazón de Jesús o Misas cantadas, lloraba amargamente. Como era cantora, me entristecía mucho ver ir a mi hermana, que también cantaba y yo me quedaba. Muchas veces ella me decía: "Si ya pudieses estar sentadita, yo te llevo a cuestras". Lloraba ella por ir y yo me quedaba y lloraba por querer salir y no poder acompañarla, pero me conformaba siempre con la voluntad de Nuestro Señor. Poco a poco me fui habituando a la cama y fui perdiendo todas esas nostalgias.

En los primeros años hacía por distraerme y hasta pedía que jugásemos a las cartas y otras veces jugaba yo sola. Tengo pesar porque no había pensado desde el principio como pienso ahora, de vivir sólo unida a mi Jesús.

Llegué a hacer algunas promesas para ser curada, como: cortarme el cabello, que era para mí un gran sacrificio, dar todo mi oro y vestirme de luto toda mi vida, ir de rodillas desde mi casa hasta la iglesia. Mi madre, mi hermana y mis primas hicieron también grandes promesas. Por fin, comprendí que la voluntad de Nuestro Señor era que estuviese enferma. Dejé de pedir mi curación. En el correr de los años, estuve varias veces a las puertas de la muerte, me preparaba con los últimos Sacramentos y esperaba resignada la hora de mi muerte. En la medicina no tenía otro alivio que un poco de morfina que me inyectaban.

LA DEVOCIÓN A LA MADRECITA, PREDILECCIÓN POR EL MES DE MARÍA – Todos los años en el mes de mayo, hacía el mes de la Madrecita. Me gustaba mucho hacerlo sola: meditaba, cantaba, rezaba y lloraba algunas veces y al mismo tiempo le pedía a la Madre del Cielo que me liberase de la grande tribulación que pasaba. Cantaba el "Tantum ergo" como si

estuviese en la iglesia y fuese a recibir la bendición de Nuestro Señor. Como no tenía el Santísimo Sacramento en casa, ningún sacerdote que me diese la bendición entonces le pedía a Nuestro Señor que me la diese del Cielo y de todos los sagrarios. ¡Oh que momentos tan felices! Sentía caer sobre mí todas las bendiciones el amor de Nuestro Señor. En estos momentos le pedía a Jesús bendiciones para mi familia y todos los que me son queridos.

Como en los primeros años no tenía ninguna imagen de la Madrecita traían una de la casa del párroco, el Corazón de María. Durante el mes, todo estaba bien, pero al terminar sentía grandes nostalgias cuando tenía que quedarme sin la imagen. Empecé a pensar en la manera de conseguirme una que fuese sólo mía. Como no tenía dinero, varias personas me ayudaron. Una amiga me dio unos pollitos que mi hermana fue criando hasta que pusieron huevos para que más tarde nacieran otros pollitos. Así fui consiguiendo lo que necesitaba para la imagen, la redoma y el altarcito. No sé describir el consuelo que sentí al ver que poseía para siempre la imagen de la querida Madrecita y que podría contemplarla de día y de noche.

NUEVOS DESEOS DE SER CURADA. ENTERA CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD DIVINA – Como me hablasen de los milagros de Fátima y sabiendo, en 1928, que varias personas irían a Cova da Iria, nacieron en mí deseos de ir también. El médico asistente y mi párroco no me dejaron diciendo que era imposible ir tan lejos, si yo mal consentía que me tocasen la cama. El párroco me decía que pidiese desde aquí mi curación y que, después iría con Nuestra Señora de Fátima a agradecer tan grande gracia. El médico prometió atestiguar si el milagro se diese.

En ese año el párroco fue a Fátima y me preguntó que quería de allá. Le pedí que me trajese una medalla, pero él me trajo además un rosario, una medalla y el manual del peregrino y agua de Fátima. Me aconsejó hacerle una novena a Nuestra Señora y beber del agua de Fátima con el fin de ser curada. No hice una novena sino muchas. Cantaba mucho y le decía a los vecinos que me visitaban: si un día me viesen por el camino y me oyesen cantar, era que iba a agradecer a Nuestra señora el beneficio que recibía. Pero me engañaba, era mi gran confianza en la Madrecita y en Jesús la que me hacía hablar así. Pensaba, si fuera curada me voy para ser religiosa, pues tenía miedo de vivir en el mundo. Ni siquiera visitaría a mi familia. Quería ser misionera para bautizar niñitos y salvar almas.

Como no conseguí nada, murieron mis deseos de ser curada y para siempre, sintiendo cada vez más ansias de amar el sufrimiento y de sólo pensar en Jesús.

Un día en que estaba sola y recordando que Jesús estaba en el sagrario le dije:

«Mi buen Jesús, estás preso y yo también. Estamos presos los dos: Vos preso para mi bien y presa en vuestras manos. Sois Rey y Señor de todo y yo soy un gusano de la tierra. Te dejé en el abandono, pensando sólo en este mundo que da la perdición a las almas. Ahora arrepentida con todo el corazón quiero que me ayudes a sufrir con resignación. No me faltes con tu protección, buen Jesús.

ME OFRECÍ A JESÚS COMO VÍCTIMA – Sin saber como me ofrecí a Nuestro Señor como víctima y venía, desde hacía mucho tiempo pidiendo el amor al sufrimiento. Nuestro Señor me lo concedió tanto, tanto esta gracia que hoy no cambiaría el dolor por todo cuanto hay en el mundo. Con este amor al

dolor, me consolaba y ofrecía a Jesús todos mis sufrimientos. El consuelo de Jesús y la salvación de las almas era lo que más me preocupaba.

Con la pérdida de mis fuerzas físicas fui dejando todas las distracciones del mundo y con el amor que tenía a la oración -porque sólo al orar me sentía bien- me acostumbré a vivir en unión íntima con Nuestro Señor. Cuando recibía visitas que me distraían un poco quedaba disgustada y triste por no haberme acordado de Jesús durante ese tiempo.

PEQUEÑOS SACRIFICIOS POR AMOR DE JESÚS – Por amor de Jesús y de la Madrecita hacía pequeños sacrificios como: dejaba de verme en el espejo, unaue lo tuviera en mi mano; no hablaba cuando quería, dejaba de dormir durante la noche para hacerle compañía a Jesús. Comulgaba sacramentalmente pocas veces, pero vivía lo más posible unida a Él.

COMO HONRABA JESÚS Y A LA SS^a VIRGEN – Para honrar a Jesús y a la Santísima Virgen, escribía en papelitos, santitos, etc., lo que sigue:

«Jesús, os amo con todo mi corazón. Compadécete de esta pobre enferma y llévame hasta Ti cuando sea tu voluntad. ¿Sí, amado Jesús? Nunca te olvides de mí, que soy una gran pecadora.»

En 1930:

«Mi querido Jesús, quiero visitarte y visitar tus sagrarios pero no puedo, porque mi dolencia me obliga a estar retenida en mi querido lecho de dolor. Hágase tu voluntad, Jesús, pero al menos, Jesús mío, permite que ni un momento se pase sin que vaya en espíritu a la puerta de tus sagrarios a decirte:

Jesús, quiero amarte, quiero abrasarme toda en las llamas de Vuestro amor y pediros por los pecadores y por las almas del Purgatorio.»

En mayo de 1930, escribí así en la tapa de un librito:

«Mi querida Madre del Cielo, ven a presentar a vuestro y mi querido Jesús en sus sagrarios, mis oraciones y a hacer más valioso mis pedidos. ¡Refugio de los pecadores, dile a Jesús que quiero ser santa! ¡Sí, Santísima Virgen? ¡Ah! dile también que quiero muchos sufrimientos, pero que no me deje sola ni un momento, porque sola temo confundirme, porque nada soy, nada poseo, nada valgo. Dile que lo amo mucho, pero que quiero amarlo mucho más. Quiero morir abrasada en el amor de Jesús y en el Vuestro. ¿Sí? Dile muchas cosas de mí, hazle todos mis pedidos. Confío, confío en Vos. ¡María, dame el Cielo»

En 1931, escribí esto al revés de un santito:

«Mi querida Madre, ruega a Jesús por esta hijita tan pobre, tan pecadora. No hay otra como yo. No merezco ser atendida. ¡Cómo me he atrevido a ofender a mi querido Jesús!? ¡Qué miserable he sido por haber ofendido a mi Jesús!»

MIS ORACIONES E UNIÓN ÍNTIMA CON JESÚS SACRAMENTADO – Por la mañanita, empezaba a hacer mis oraciones, comenzando por la señal de la cruz, y después me acordaba de Jesús Sacramentado, haciendo la comunión espiritual y diciendo la jaculatoria: "Sagrado Corazón de Jesús, este día es para Vos". La repetía tres veces. Después continuaba: "Vuestra bendición, Jesús quiero ser santa. Mi Jesús, bendice a Vuestra hijita que quiere ser santa." Decía también: "Alabado sea Nuestro Señor... Las Tres Personas de la Santísima Trinidad me bendigan, así como San José, María Santísima y todos los Ángeles, Santos y Santas del Cielo". Que las bendiciones descendan sobre mí y nada he de temer. Seré santa: son esos mis deseos más ardientes". Rezaba tres *Gloria Patri*. Después ofrecía las horas del día así: "Os ofrezco, Dios mío, en unión...", *Padrenuestro*,

***Avemaría y Gloria al Padre...* "Sagrado Corazón de Jesús que tanto nos amas..." y el Credo.**

Después continuaba: "Mi Jesús, me uno en espíritu, en este momento y desde este momento para siempre, a todas las Santas Misas que de día y de noche se celebran en la tierra. Jesús, inmóleme con ustedes a cada momento en el altar del sacrificio; ofrécame con ustedes al Padre Eterno por las mismas intenciones que Vos ofrecisteis."

Volteada hacia la Madrecita le decía: "Avemaría, llena de Gracia, yo os saludo, llena de gracia. Madrecita, quiero ser santa, Madrecita bendíceme y pide a Jesús que me bendiga".

Y así me consagraba a ella: "Madrecita, te consagro mis ojos, mis oídos, mi boca, mi corazón, mi alma, mi virginidad, mi pureza, mi castidad, la pureza y la castidad de..."

Acéptalo, Madrecita es vuestro, y sois Vos el cofre sagrado, el cofre bendito de nuestra riqueza. Os consagro mi presente y mi futuro, mi vida y mi muerte, todo cuanto me dieran, rezaran por mí y ofrecieran por mí. Madrecita, ábreme tus santísimos brazos, tómame en ellos, estréchame en tu santísimo Corazón, cúbreme con tu mando y acéptame como tu hija muy amada, muy querida y conságrame toda a Jesús.

Enciérrame para siempre en Su divino Corazón y dile que lo ayudas a crucificarme, para que no quede nada de mi cuerpo ni de mi alma por crucificar. Madrecita, hazme humilde, obediente, pura, casta en el alma y en el cuerpo. Hazme pura, hazme un ángel. Transfórmame toda en amor, consúmeme toda en las llamas del amor de Jesús. Madrecita, pide perdón a Jesús por mí. dile que soy el hijo pródigo que vuelvo a casa de mi buen Padre, dispuesta a seguirlo, a amarlo, a adorarlo, a obedecerle ya imitarlo. Dile que no quiero ofenderlo más. Madrecita, obtén de mi un dolor tan grande de mis pecados, que sea tan mi arrepentimiento que quede pura, que quede como un ángel. Pura como quedé después de mi Bautismo, para que por mi pureza merezca la compasión de Jesús para recibirlo sacramentalmente todos los días y poseerlo en mí hasta dar el último suspiro. Madrecita, ven conmigo a los sagrarios, para todos los sagrarios del mundo, para toda parte o lugar donde Jesús habita sacramentalmente. Hazle esta mi humilde oferta. ¡Oh, cómo Jesús quedará contento con esta oferta tan pobrecita, tan miserable, tan indigna! Madrecita, quiero andar de sagrario en sagrario a pedir favores a Jesús, como la abejita de flor en flor, chupando el néctar. Madrecita, quiero formar un muro de rocas de amor en cada lugar donde Jesús habita sacramentado, para que no haya nada que pueda entrometerse entre el amor y herir Su Santísimo Corazón, renovar sus santísimas llagas y toda su Santa Pasión. Madrecita, habla en mi corazón y en mis labios, haz más fervorosas mis oraciones y más valiosos mis pedidos.

Jesús mío, me consagro toda a Ti. Abre de par en par tu Santísimo Corazón. Deja que entre en ese Corazón bendito, en ese horno ardiente, en ese fuego abrasador. Enciérrame, mi buen Jesús, déjame toda dentro de tu Santísimo Corazón, déjame dar allí mi último suspiro, embriagada en tu divino amor, quemada en las llamas del amor. No me dejes separarme de ti en la tierra si no para regresar a unirme a ti en el Cielo por toda la eternidad.

Jesús, voy a invitar a la Madrecita, que ella hable por mí. Voy y vengo, sí, mi Jesús.

Ave María, llena de gracia, te saludo, llena de gracia. Ven conmigo a los sagrarios, ven a cubrir de amor a mi Jesús. Ofrécele todo cuando pasa en mí, todo cuanto tengo por costumbre de ofrecer, todo cuando pueda imaginar, como actos de amor para Nuestro Señor Sacramentado."

Decía tres veces: "Gracias y alabanzas se den a cada momento..." y hacía la comunión espiritual ya descrita. En esos momentos, decía todo esto que se sigue a Nuestra Señor, par que Ella lo repita a su amado Hijo por mí:

«Jesús, acá está la Madrecita, es Ella quien va a hablar por mí.

Querida Madrecita del Cielo, ve a darle besitos a los sagrarios, besos sin cuenta, abrazos sin cuenta, caricias sin cuenta, mimos sin cuenta, todo para Jesús sacramentado, todo para la Santísima Trinidad, todo para Ti. Multiplícalos mucho, mucho y dalos con un puro y santo amor, con un amor que no pueda más amar, llenos de unas santas nostalgias por no poder ir a besar y abrazar a Jesús Sacramentado y a la Santísima Trinidad y a Ti, mi Madre querida: ¿Pues acaso no sois Vos la criatura más amada y más querida de Jesús? ¡Oh! dalos entonces en mi nombre, con ese amor con que amáis y sois amada.

Mi Jesús, quiero que cada dolor que sienta, cada palpitación de mi corazón, cada respiro, cada segundo de las horas que pasan, sean actos de amor para vuestros Sagrarios.

Quiero que cada movimiento de mis pies, de mis manos, de mis labios, de mi lengua, cada vez que abro y cierro los ojos, cada lágrima, cada sonrisa, cada alegría, cada tristeza, cada tribulación, cada distracción, contrariedad o disgusto, sean actos de amor para vuestros Sagrarios.

Quiero que cada letra de las oraciones que rece y oiga rezar, cada palabra que pronuncie y oiga pronunciar, que lea o oiga leer, que escriba o vea escribir, que cuente y oiga contar, sean actos de amor para vuestros Sagrarios.

Quiero que cada besito que den en vuestras santas imágenes o de vuestra y mía querida Madrecita, en vuestros santos y santas, sean actos de amor para vuestros Sagrarios.

Jesús, quiero que cada gota de lluvia que cae del cielo a la tierra, toda el agua que el mundo encierra, ofrecida gota a gota, todas las arenas del mar y todo lo que el mar contiene, sean actos de amor para vuestros Sagrarios.

Os ofrezco las hojas de los árboles, todos los frutos que ellas tengan, las florecitas ofrecidas pétalo a pétalo, todos los granitos de simientes o cereales que pueda haber en el mundo, todo lo que contienen los jardines, campos, prados y montes, ofrezco todo como actos de amor para vuestros Sagrarios.

Jesús, os ofrezco las plumas de las avecitas, el gorjeo de los pajaritos, los pelos y las voces de los animales, como actos de amor para vuestros Sagrarios.

Jesús, os ofrezco el día y la noche, el calor y el frío, el viento, la nieven, la luna, el sol, la oscuridad, las estrellas del firmamento, mi dormir, mi soñar, como actos de amor para vuestros Sagrarios.

Jesús os ofrezco todo lo que el mundo encierra, todas las grandezas, riquezas y tesoros del mundo, todo cuanto pasa en mí, todo cuanto tengo

costumbre de ofreceros, todo cuando pueda imaginar, como actos de amor para vuestros Sagrarios.

Jesús, acepta el Cielo, la tierra, el mar, todo, todo cuanto en ellos se encierra, como si ese "todo" fuese mío y de todo pudiera disponer y ofreceros como actos de amor para vuestros Sagrarios.

En estas ocasiones en que hacía estos ofrecimientos a Nuestro Señor, sentía subir en mí, sin saber como, un calor abrasador que parecía quemarme. Como no comprendía la causa de este calor, me ponía a observar si estaba transpirando y me sentía apretada interiormente, lo que me dejaba muy cansada.

Tengo la certeza que debería ser en una de esas ocasiones, que sentí esta exigencia de Nuestro Señor: Sufrir, amar, reparar.

CÓMO JESÚS ME ENVIÓ A MI DIRECTOR ESPIRITUAL – Yo no tenía ni sabía que era un director espiritual, apenas tenía a mi párroco como guía de mi alma.

Como mi hermana fuese a un retiro de las Hijas de María, tomó en esa ocasión para ser su director espiritual al conferencista de ese retiro, el Padre Pinho, que sabiendo que estaba enferma, mandó pedir mis oraciones, prometiendo orar por mí.

De vez en cuando, mandaba una estampita. Pasaron dos años, y sabiendo que estaba enfermo, son saber como, sentí tanta pena que comencé a llorar; mi hermana me preguntó porque lloraba si ni siquiera lo conocía. Le respondí: "Lloro porque somos amigos"

El 16 de agosto de 1933, el Padre Pinho vino a nuestra feligresía a hacer un triduo al Sagrado Corazón de Jesús, tomándolo entonces como mi director espiritual. No le hablé de los ofrecimientos que hacía al sagrarios, no de los calores que sentía, ni de la fuerza que me hacía elevar, ni de las palabras que tomé como una exigencia de Jesús. Pensaba que era así para toda la gente. Sólo pasados dos meses es que le hablé de las palabras de Jesús y del resto nada dije, porque nada comprendía como cosas de Nuestro Señor. A pesar de que el Padre no me dijo que eran palabras de Nuestro Señor, continué siempre cada vez más unida a Nuestro Señor. Ya sea de día o de noche eran los sagrarios mis lugares predilectos.

El 8 de septiembre de 1933 escribí en la tapa de un retrato mío lo siguiente:

«Ave María, os saludo, mi Madre Santísima. Mi querida Madrecita, ¿Qué he de daros en vuestro aniversario? No tengo nada que daros, os doy mi cuerpo y mi vida. Quiero ser toda vuestra. No rechacéis mi oferta, mi querida Madre. Rogad a Nuestro Señor por mí. Quiero ser toda vuestra. Os doy cuanto tengo.

¡Jesús mío, no rechaces nada de lo que le pido a Vuestra Madre!

Sois mi madre muy querida. ¡Quién me diera tener una buena oferta para dárosla, pero al menos tengo buena voluntad, dame el Cielo!

En agosto de 1934, volvió a hacer otra oración así y entonces es que abrí mi conciencia. Por esos tiempos fui tentada por el demonio, porque recordaba que una vez que explicase mi vida, nadie más querría ser mi director espiritual. Entonces Nuestro Señor me dice: "Obedece en todo a tu Padre espiritual. No fuiste tú quien lo escogió, fui Yo quien te lo envió". Su Reverencia apenas me preguntó la forma en que oí estas palabras y no me dice que era ni que no era Nuestro Señor.

Pasados los días, como mi hermana supiese que demoraba mucho en hacer mis oraciones, me preguntó lo que yo decía. En esa ocasión le expliqué en que me ocupaba durante todo el tiempo y lo que sentía en esas ocasiones, diciéndole que ciertamente era fe o fervor con lo que hacía todas mis oraciones y ella estuvo de acuerdo conmigo.

CÓMO HONRABA A JESÚS Y A LA SANTÍSIMA VIRGEN – En el año 1934:
"Mi Madrecita del Cielo, está aquí a vuestros santísimos pies un alma que os desea amar. Mi amable Señora, quiero un amor que sea capaz de sufrir sólo por amor a Vos y por amor a mi querido Jesús. Sí, de mi Jesús que es todo de mi alma. Es la luz que me ilumina, es el pan que me alimenta, mi camino por el cual quiero seguir. Pero, mi soberana Reina, me siento tan débil para pasar por tantas contrariedades de la vida... Qué será de mí sin Vos o sin mi querido Jesús? Mi Madrecita del Cielo, allá en el trono en que estáis, ve mi triste vivir. Ven en mi auxilio. Bendíceme y pide a Jesús por mí, vuestra indigna hija."

En otra ocasión en 1934: "Jesús, que mejor compañía puedo tener aquí en mi lecho de dolor, si Vos estuvieras siempre en mí, que sólo para Vos quiero vivir. Jesús, bien sabes todos mis deseos, que son: estar siempre presente en vuestros sagrarios, no olvidarme de ellos ni un momento. Dame fuerza, buen Jesús para así hacerlo.

También en 1934:

«Mi Jesús, mi Amado,
En el altar sacramentado,
Por mi amor encerrado
En ese sagrario de amor.

Quisiera estar contigo, Jesús,
Día y noche y a toda hora,
Sin embargo, ahora no puedo ir,
Bien lo sabes, mi buen Padre!

Estoy presa de pies y manos;
Pero presa quisiera estar,
Juntita a Vos en el sagrario,
Y no ausentarme un sólo momento.

Sacramento tan adorado
De mi Jesús, de mi Amado,
Os saludo desde mi lecho,
¡Ven a morar en este mi pecho!

Haz, Señor,
De él un sagrario
Para que pueda,
buen Jesús,
Ser Vuestra esposa.

Mi Amado,
Realiza mis deseos
Que son, Señor,
Poseeros en mí,
Sacramentado.

Perdón, Dios mío, no soy digna de tamaña gracia, de recibiros, pero no mires mi miseria, sino vuestra infinita misericordia. ¿Sí, mi querido Jesús?"

En el día de la Asunción, el 25 de marzo de 1934: "Ave María, llena de gracia, os saludo, llena de gracia. Soberana Reina del Cielo y de la tierra, Madre de los pecadores, yo, la más indigna de todas vuestras hijas, os agradezco de todo corazón, Santa Madre de Dios, por haber consentido que mi amabilísimo Jesús encarnase en Vuestras purísimas entrañas para redención de la humanidad. Sí, querida Madrecita, encarnar, nacer, vivir treinta y tres años en el mundo y al fin morir en una cruz por los miserables hijos de Eva. Entienda quien pueda tantos excesos de amor, que yo por mí sólo tengo que confundirme y lamentarme con este pobre corazón de no haber correspondido a tanta bondad de mis dos queridos amores, Jesús y María, La más indigna de vuestras hijitas".

En 1934: "Mi Jesús, estoy enferma, no puedo ir a visitaros a Vuestras Iglesias, pero, mi querido Padrecito del Cielo, estoy cumpliendo la misión que destinasteis para mí. Sea hecha Vuestra santísima voluntad en todas las cosas. Mi bien amado, sabéis mis deseos, que son estar en Vuestra presencia en el Santísimo Sacramento. Pero ya que no puedo, os mando mi corazón, mi inteligencia para aprender todas Vuestras lecciones, mi pensamiento para que sólo piense en Vos, mi amor para que sólo a Vos os ame. sólo a Vos os busque, sólo por Vos suspire, sólo Vos, mi Jesús, en todo y por todo. Vos estáis en el sagrario, preso y abandonado y yo, Jesús, presa también. Pero haz, Señor, que abandone todo lo que es del mundo, buscando sólo a Vos en todas las cosas, que sois la luz de mi inteligencia, sois mis delicias, sois todo mi bien. ¡Os mando todo cuanto tengo que os pueda agradar y hacer compañía en Vuestro sagrario de amor!"

En 1934: "Quería, mi buen Jesús, estar en vuestra presencia día y noche, a toda hora, unida a Vos y no dejaros, solito en el Sacramento, ni un momento ausentarme y daros lo que poseo y que os pertenece: mi corazón, mi cuerpo con todos sus sentidos. Es toda mi riqueza."

A Nuestra Señora, en 1934:" Mi Madrecita del Cielo, tengo tanta confianza en Vos que no sé explicaros el amor que os tengo. Madre mía, es mucho, pero querría que fuera mucho más, mucho más; sólo Vos me podéis alcanzar esa gracia y también el amor a Vuestro y mío Jesús. ¡Auméntalo mucho, mucho! Abrásame en llamas de puro amor. Sí, sí, mi buena Madrecita."

CONOCIMIENTO PERFECTO DE LA VOZ DE NUESTRO SEÑOR. VISIONES CELESTES – Fue en septiembre de 1934 cuando comprendí que era la voz de Nuestro Señor y no una exigencia, como había juzgado. Fue entonces qué Él me pidió y habló así: "Dame tus manos, que las quiero crucificar; dame tus pies, que los quiero clavar conmigo; dame tu cabeza, que la quiero coronar de espinas como me hicieron a Mí. Dame tu corazón, que lo quiero traspasar con una lanza, como me traspasaron el Mío. Conságrame tu cuerpo, ofréctete toda a Mí, que te quiero poseer por completo y hacer que Me provea.

Nuestro Señor me pidió esto dos veces. No sé decir mi aflicción, pues no quería escribirlo y no le quería decir a mi hermana, pero también no quería quedarme callada, porque comprendía que no era voluntad de Nuestro Señor. Tenía que decírselo a mi Padre espiritual. Me resolví a hacer el sacrificio, pidiendo a mi hermana que escribiese en mi nombre todo lo que le iba a dictar. Ella no me miraba ni yo a ella, y después de que estuvo escrita la carta todo terminó entre nosotras no volviendo a hablar más del asunto.

Hasta ese tiempo, sentía una gran alegría al recibir una carta de mi director espiritual. Desde entonces, todo ese consuelo espiritual

desapareció. Temía que él me maltratase, diciendo que todo era falso. Yo cedí a la invitación de Nuestro Señor, pero pensaba que esos sacrificios fuesen sólo sufrimientos, aunque mayores; no pensaba en nada sobrenatural. Mi director me obligó a que escribiese todo y durante dos años y medio no me dice que era Nuestro Señor, lo que me hizo sufrir bastante, a pesar de mis pocos conocimientos

Desde entonces, había tenido a Jesús a mis órdenes, hablándome de día y de noche. Sentía un gran consuelo espiritual; no me asustaban mis sufrimientos. En todo sentía amor a mi Jesús y sentía que Él me amaba, pues recibía caricias sin cuenta. Sólo me deseaba sola. ¡Oh, cómo me sentía en el silencio, muy unidita a Él!

Jesús se desahogaba mucho conmigo. Me decía cosas tristes, pero las consolaciones y el amor que me hacía sentir me obligaban a olvidar Sus desahogos. Pasaba noches y noches sin descansar, contemplando cuadros que Jesús me mostraba y en conversación íntima con Él. Unas veces, veía a Jesús como jardinero cuidando de las florecitas, regándolas, guiándolas, etc. paseaba en medio de ellas, mostrándome variedad de flores. Otras veces, aparecía de tamaño natural, mostrándome Su Divino Corazón cercado de rayos de amor.

También vi una vez a la Madrecita, representando a Nuestra Señora del Carmen, con Su Divino Hijo en sus brazos. Otras veces como Nuestra Señora de la Concepción. ¡Oh, cómo era bella!... ¡Sólo quería amarla y a Jesús! ¡Sólo me sentía bien a solas con Ellos!.

CÓMO MARTIRIZABA MI CUERPO – Todo quería hacer por sus amores y, para probar que los amaba, algunas veces hacía bolitas de cera y las ataba en la punta de un liencito y con ellas pegaba a mi cuerpo, escogiendo los lugares donde más podía sufrir, como fuese en las rodillas o sobre los huesos, quedando con mi cuerpo lleno de magulladuras por los golpes.

Otras veces ataba la trenza de mis cabellos a la base de la cama y empujaba la cabeza con toda la fuerza para el frente para así sufrir más. Y también cogía la punta de la trenza, azotando mis costillas, en el pecho, en los brazos, hasta donde llegaba la trenza.

La tarde de un domingo, tenía tantas ansias de amor divino, no cabiendo en mí de ansiedades, suspiraba por quedarme sola, viendo partir a mi familia para la iglesia. Como de costumbre, querían hacerme compañía, pero yo prefería quedarme sola, pues sólo con Jesús me sentía bien. Ya que me dejaron sola con Jesús, fue entonces qué le probé cuanto lo amaba. Cogí el alfiler con que aseguraba mis medallitas, golpeando hacia mi corazón, pero como no viese aparecer sangre, lo enterré y aún más, retorcí las fibras hasta que reventaron, surgiendo sangre. Tomé una pluma y con mi sangre escribí en un santito así:

"Con mi sangre juro amaros mucho, mi Jesús, y sea tal mi amor que muera abrazada a la cruz. Os amo y muero por Vos, mi querido Jesús, en vuestros sagrarios quiero habitar. Balasar, 14/10/1934.

Ya que terminé de escribir esto, fue tal la repugnancia y aflicción que sentí, intentando romper la estampita, pero no sé que fue lo que me impidió hacerlo, no sentí ningún consuelo con esta prueba que le di. Cuando mi hermana regresó de la iglesia, yo estaba con una gran inquietud; no le dije lo que había hecho, pero le mostré la estampita y ella exclamó: "Ay, marota, que hiciste. Así que sepa el Padre Pinho..." Yo le respondí: ¡No lo

digo!. Pero conté esto y todo lo demás que había hecho. Su Reverencia me preguntó que quien me había dado permiso, a lo que respondí: "No sabía que era necesario pedir permiso". Desde entonces me prohibió volver a hacer cosas de ese género.

LA PRIMERA MISA CELEBRADA EN MI CUARTITO. PRINCIPIO DE LA PÉRDIDA DE NUESTROS BIENES – El 20 de noviembre de 1933 tuve la gracia de tener por primera vez el Santo Sacrificio de la Misa en mi cuarto. Empezó Nuestro Señor a aumentarme sus gentilezas, pero también a aumentar el peso de mi cruz. ¡Bendito sea Él y bendita su gracia que nunca me faltó!

Comenzamos ahora sufrir mucho con la pérdida de nuestros bienes. En ese tiempo ya no tenía apego a nada del mundo, con todo sufría amargamente por ver que todo cuanto poseíamos no llegaba para satisfacer las deudas de que mi madre había salido fiadora. Yo decía que no quería quedarme con el valor de un tostón, en cuanto tuviésemos que pagar. Me faltó muchas veces el alimento que mejor podía comer y sólo me alimentaba de aquello que teníamos lo que perjudicaba más mi estado físico. Sufría en silencio y no decía que comía de esas cosas por no tener otras mejores, y mi familia creía que comía con gusto y así no la hacía sufrir pidiéndole aquello que no podía darme. Lo que me ofrecían para comer lo daba a mi hermana, porque en esos momentos se encontraba bastante enferma. Yo pensaba así: ya que yo no tengo cura, que al menos ella pueda mejorar.

Mi familia llegó a pasar muchas privaciones, hasta a veces, llegaron a comer el caldo sin adobo, porque no contábamos con nada. Lloré muchas lágrimas, pero procuraba siempre que no me viesen llorar. Era de noche cuando me desahogaba con mi Jesús y con la Madrecita. Benditas lágrimas que me unieron más a Jesús y a María y más afirmaron mi confianza en ellos.

Esta situación duró cerca de seis años. Procuraba ser el consuelo de mi familia. Cuantas veces lloraban a gritos les decía que confiaran en Nuestro Señor. Él también había sido pobre y me alegraba porque Jesús nos asemejara en su pobreza.

Llegué a tener miedo de quedarme acompañada por mi madre, porque ella procuraba estar sola conmigo para desahogarse y, por más que la consolara y le dijese que tuviera confianza, ella en su dolor me decía palabras desagradables. Yo pedía casi continuamente a Jesús que nos ayudara y al final de la Sagrada Comunión le decía a Jesús: "Dijiste: pidan y recibirán; toquen y les abriré. Yo pido y he de ser oída; toco y he de ser atendida. Jesús, no os pido honores, grandezas, ni riquezas, pero os pido que nos dejes nuestra casita, para que mi madre y hermana tengan donde vivir hasta el fin de sus vidas, para que mi hermana tenga donde coger las florecitas para componer los sábados vuestro altar en la iglesia. Jesús, todas las florecitas son para Vos. Jesús, acude, que perecemos. Lleva lejos esta noticia, a quien pueda acudir por nosotros. No pido por qué medio, porque no sé. Confío en vos".

Es verdad que nunca está de más la confianza. En nuestra casa no había momentos de alegría. Cuantas veces nos faltaba de aquello que era indispensable, pero yo en el fondo estaba siempre alegre con la voluntad de Dios. Confiaba ciegamente en Él. Escondía lo más posible mi dolor, procurando animar a todos. Mis oraciones fueron oídas. Pasaron seis años de aflicciones y de lágrimas. Jesús oyó mi oración. Fue de lejos, de muy lejos que una señora vino a dar remedio a nuestro mal, que no acabó por completo. No dije todo cuando debíamos, porque Nuestro Señor así lo

permitió, para que se prolongase por más tiempo mi sufrimiento. Ella nos dio bastante para que no tuviéramos que vender nuestra casita. Lloré más de confusión que de contento al recibir tan grande gracia de Nuestro Señor. No sabía como agradecersele. Parecía que estaba loquita y le decía a Jesús: "Muchas gracias, muchas gracias".

Es indecible la alegría que mi madre y mi hermana sintieron cuando recibieron la cantidad que las quitó de las grandes preocupaciones en las que vivían. Es imposible describirlas, pues fueron tantas y tan grandes... Qué Jesús aceptase todas estas aflicciones y bendito sea Él por todo. Sólo con Él se podía vencer.

CÓMO HONRABA A JESÚS Y A LA SANTÍSIMA VIRGEN – En 1935: "Corazón mío, ¿a quién amas a no ser que a tu Jesús? Es la riqueza del Cielo, es el amor de los sagrarios, el alimento de las almas hambrientas de Su amor, es el pastor compasivo de las ovejas descarriadas que hace mucho han huido de Él. Las busca por todas partes, las llama, no descansa hasta que no las alcanza. Después de tenerlas, las abraza y las acaricia".

El mes de María, en 1935 – Deseosa de consolar a la Madrecita y sufrir por su amor, pensé en escribir en unos pedacitos de papel unos pensamientos, todos los días del mes de mayo. Cada día cogía uno a la suerte y procuraba vivir según lo que estaba escrito. Esto sólo con el fin de consolar a Jesús por medio de la Madrecita. Esto es lo que salió para cada día del mes:

1 – Por amor de María Santísima y de Jesús Sacramentado, sufriré todo para obtener un amor loco por Jesús Sacramentado y para que sea amado de todos en el Santísimo Sacramento.

2 – Por amor de María Santísima y de Jesús Sacramentado, sufriré todo por las intenciones de mi padrino y de su familia.

3 – Por amor de María Santísima y de Jesús Sacramentado, sufriré todo por todos los pecadores que me han sido recomendados.

4 – Por amor de María Santísima y de Jesús Sacramentado, sufriré todo por todos los pecadores del mundo.

5 – Por amor de María Santísima y de Jesús Sacramentado, sufriré todo para obtener un amor loco a María Santísima.

6 – Por amor de María Santísima y de Jesús Sacramentado, sufriré todo por los sacerdotes.

7 – Por amor de María Santísima y de Jesús Sacramentado, sufriré todo por las intenciones que me son encomendadas.

8 – Por amor de María Santísima y de Jesús Sacramentado, sufriré todo por mi director espiritual.

9 – Por amor de María Santísima y de Jesús Sacramentado, sufriré todo para obtener en amor de los ángeles, de los querubines y de los serafines.

10 – Por amor de María Santísima y de Jesús Sacramentado, sufriré todo sin quejarme.

11 – Por amor de María Santísima y de Jesús Sacramentado, sufriré todo por lo que fuere la voluntad de Nuestro Señor.

12 – Por amor de María Santísima y de Jesús Sacramentado, sufriré todo en memoria de la Pasión de Nuestro Señor.

13 – Por amor de María Santísima y de Jesús Sacramentado, sufriré todo por mi mamita.

14 – Por amor de María Santísima y de Jesús Sacramentado, mortificaré mi cuerpo.

15 – Por amor de María Santísima y de Jesús Sacramentado, sufriré todo para vivir sólo por Jesús y por María.

16 – Por amor de María Santísima y de Jesús Sacramentado, sufriré todo por el Santo Padre y por las necesidades de la Santa Iglesia.

- 17 – Por amor de María Santísima y de Jesús Sacramentado, sufriré por los Dolores de Nuestra Señora.
- 18 – Por amor de María Santísima y de Jesús Sacramentado, sufriré por mi querida amiga Çãozinha.
- 19 – Por amor de María Santísima y de Jesús Sacramentado, le entrego mi cuerpo como víctima y renuevo mi voto de virginidad y de pureza.
- 20 – Por amor de María Santísima y de Jesús Sacramentado, sufriré todo para pensar sólo en Jesús y en María.
- 21 – Por amor de María Santísima y de Jesús Sacramentado, sufriré todo para ser muy amiga de mi Ángel de la Guarda.
- 22 – Por amor de María Santísima y de Jesús Sacramentado, guardaré silencio.
- 23 – Por amor de María Santísima y de Jesús Sacramentado, sufriré todo para obtener el amor de la Santísima Trinidad.
- 24 – Por amor de María Santísima y de Jesús Sacramentado, sufriré para alcanzar todo de Nuestro Señor y ser santa.
- 26 – Por amor de María Santísima y de Jesús Sacramentado, renovaré el voto de ofrecer todo por las Almas del Purgatorio.
- 27 – Por amor de María Santísima y de Jesús Sacramentado, sufriré todo, en primer lugar, por Nuestra Cruzada Eucarística y por otra recomendación y por todas las del mundo entero.
- 28 – Por amor de María Santísima y de Jesús Sacramentado, sufriré todo por la conversión y las necesidades de toda mi familia.
- 29 – Por amor de María Santísima y de Jesús Sacramentado, sufriré todo por los pecadores que más deprisa irán a la presencia del Señor.
- 30 – Por amor de María Santísima y de Jesús Sacramentado, sufriré todo para obtener el amor de todos los santos y santas.
- 31 – Por amor de María Santísima y de Jesús Sacramentado, no comeré de sobremesa.

Los primeros días de mayo y a los pies de María: un verdadero y sincero amor de mi parte para mi Madre Santísima y para Jesús Sacramentado.

El 1 de mayo de 1935: "Madre de Jesús y Madre mía, oye mi oración: Te consagro mi cuerpo y mi corazón. Purifícame, Madre Santísima. Lléname de tu amor. Colócame junto contigo con Jesús en sus sagrarios, para servirle de lámpara en cuanto dure el mundo.

Acepta, Madre del Cielo, las flores que cogí durante tu mes bendito; reverdécelas y perfúmalas. Entrégalas a Jesús por mí. Bendíceme, santifícame, mi querida Madrecita del Cielo".

En 1936, ya sin fuerzas para escribir por mi mano y queriendo darme a mi misma una prueba del año anterior a Jesús y a la Madrecita, le pedí a mi hermana que escribiera en billetitos los pensamientos que siguen, para ir sacando uno cada día y así sufrir y amar según la intención:

1 – Por amor de Jesús y para mucha consolación de la Madre del Cielo, voy a sufrir todo por los sacerdotes, para que ellos sean como quiere Jesús: cumplidores de sus deberes y muy santos.

2 – Para consolar mucho, mucho, a la querida Madrecita del Cielo, voy a sufrir en este día para que Jesús sea amado, muy amado en la Santísima Eucaristía.

3 – Por amor de Jesús y de María Santísima, sufriré en este día por las intenciones de las personas de las que tengo costumbre de pedir en particular.

4 – Por amor de Jesús y de María Santísima, sufriré en este día por el buen éxito de las misiones, para que en breve resuene de un lado al otro del mundo la palabra de Jesús, única verdad.

5 – Por amor de Jesús y de María Santísima, sufriré hoy todo por los pecadores que me han sido encomendados

- 6 – Por amor de Jesús y de María Santísima, y como prueba de gratitud con ellos, hoy sufriré por mi Padre espiritual, le debo tanto, tanto.
- 7 – Por amor de Jesús y de la Madrecita del Cielo, sufriré en este día por la paz de la naciones y para que Jesús las convierta.
- 8 – Por amor de Jesús y para obsequiar a mi querida Madrecita del Cielo, sufriré todo para que Ella sea amada y querida por todos los que viven y han de vivir hasta el fin de los siglos, y que en breve le sea consagrado el mundo entero.
- 9 – Por amor de Jesús y da mi Santísima Madre, hoy sufriré todo para la beatificación y canonización de todos los santos, para que sea dada mucha honra y gloria a Nuestro Señor.
- 10 – Por amor de Jesús y de María Santísima, sufriré todo por mi hermanita Sertã, por la mejor de la salud de su hermana y por todas sus necesidades.
- 11 – Por amor de Jesús y de mi Madrecita del Cielo, sufriré todo por mi Padre espiritual, por mi familia y por las necesidades que más interesan y les son recomendadas.
- 12 – Por amor de Jesús y de María Santísima, hoy sufriré todo por la familia de Çãozinha.
- 13 – Por amor de Jesús y de María Santísima, sufriré todo en este día por mi hermana, para que sea muy santa.
- 14 – Por amor de Jesús y de mi Madrecita del Cielo, sufriré todo por el Padre Manuel Araújo, por su hermana y sobrina.
- 15 – Por amor de Jesús y de María Santísima, sufriré por todos los sacerdotes que desprecian la ley de Nuestro Señor, olvidándose del honroso nombre de sus discípulos, para que vuelvan a amar a Jesús y a las almas.
- 16 – Por amor de Jesús y de mi Madre Santísima, sufriré en este día por la conversión de los pecadores que están más cerca de dar cuentas a Nuestro Señor, para que mueran en estado de su divina gracia.
- 17 – Por amor de Jesús y de mi Madrecita del Cielo, sufriré todo para que no venga el bolchevismo a Portugal.
- 18 – Por amor de Jesús y de mi Madrecita del Cielo, sufriré en este día por las personas que me son más queridas, para que Nuestro Señor les conceda todas las gracias y les haga santas.
- 19 – Por amor de Jesús y de mi Madrecita del Cielo, sufriré en este día para que sea dada mucha honra y gloria a la Santísima Trinidad y para que todos conozcan el divino tesoro que traen dentro de sí.
- 20 – Por amor de Jesús y de mi Madrecita del Cielo, sufriré todo por Çãozinha, para que sea muy santa y por sus necesidades.
- 21 – Por amor de Jesús y de mi Madrecita del Cielo, sufriré todo en este día por la conversión de los pecadores del mundo entero. Tanto, que no quisiera que se fuesen más almitas al infierno.
- 22 – Por amor de Jesús y de mi Madrecita del Cielo, sufriré todo por las necesidades de mi padrino y su familia para que Dios los ayude.
- 23 – Por amor de Jesús y de mi Madrecita del Cielo, sufriré todo hoy para ser más humilde, más obediente, más pura, abrasada toda en el amor de mi querido Padrecito y de mi querida Madrecita del Cielo.
- 24 – Por amor de Jesús y de mi Madrecita del Cielo, sufriré todo hoy para obtener de Nuestro Señor la gracia de llegar al mayor grado de santidad.
- 25 – Por amor de Jesús y para agradar mucho a la querida Madrecita del Cielo, quiero orar y sufrir mucho por el Santo Padre. Es el padre espiritual del mundo entero, es luz y guía de todas las almas, necesita de nuestro auxilio.
- 26 – Por amor de Jesús y de mi Madrecita del Cielo, sufriré hoy por el buen resultado de la Acción Católica y de nuestra Cruzada.
- 27 – Por amor de Jesús y de mi Madrecita del Cielo, sufriré hoy por el buen resultado de la Acción Católica y de la Cruzada Eucarística del mundo entero. Qué todos fuésemos santos, es lo que más deseo.

28 – Por amor de Jesús y de mi Madrecita del Cielo, sufriré todo hoy por las necesidades de mi madre y para que ella sea muy santa.

29 – Por amor de Jesús y de mi Madrecita del Cielo, sufriré todo hoy por toda mi familia.

30 – Por amor de Jesús y de mi Madrecita del Cielo, sufriré todo en este día por el triunfo de la Santa Iglesia.

31 – Por amor de Jesús y de mi Madrecita del Cielo, sufriré todo hoy para convertirme de verás a Nuestro Señor, cumpliendo en todo su santísima voluntad, siendo lo que Él quiera que sea.

El 31 de mayo de 1936 escribí así:

"Madrecita, vengo humildemente a vuestros pies a poner las flores espirituales que cogí durante un mes. Estoy avergonzada y confundida. ¡Qué pobreza! ¡En qué estado te las entrego! ¡Están tan marchitas, tan deshojadas! Pero Vos, querida Madrecita celestial, podéis transformarlas. reverdecélas, abrillántalas y ve a consolar y a perfumar con ellas por mí a Jesús. Háblale de mis penas y de mis aflicciones. Bien sabéis todo lo que me tiene atribulada. Hazle de nuevo todos mis pedidos y despáchalos, en nombre de Jesús os lo pido, despacha las pobres flores que a Él fueron ofrecidas. Haz de un modo particular que con todas ellas yo haga un bello ramillete para ofrecerlo al Santo Padre, en este día de su aniversario.

Querida Madrecita, en este último día de vuestro bendito mes, como despedida, ya que no tengo nada más que dar, os doy todo cuerpo y os pido, que me guardéis y me toméis para siempre en Vuestros santísimos brazos, como vuestra hija muy querida. Bendíceme, pide a Jesús Sacramentado que me bendiga también y toda la Santísima Trinidad.

Adiós, Madrecita, perdóname todo.

La pobre Alexandrina Maria da Costa (*la firma es de la propia Alexandrina*).

MIS ORACIONES Y UNIÓN CON JESÚS SACRAMENTADO – Mi querido Jesús, me uno en espíritu, en este momento y desde este momento para siempre, a todas las santas Hostias de la tierra, en cada lugar donde habitas sacramentado. Allí quiero pasar todos los momentos de mi vida, constantemente, de día y de noche, a amaros, a alabaros y a glorificaros. Mi Jesús, querría tantos actos de amor que cayeran sobre Vos, de día y de noche, como la lluvia menudita que cae del cielo para la tierra en un día de invierno. No querría sólo mis actos de amor, sino los de todos los corazones de todas las criaturas del mundo entero. ¡Oh, cómo quiero veros amado y amado por todos! Jesús son mis deseos, acéptalos, como si yo os amase. Jesús ni un sólo sagrario quede en el mundo, ni un sólo lugar donde habites sacramentado, sin que hoy, y desde hoy para siempre, en cada momento de mi vida, esté allá para decir:

«Jesús, os amo. Jesús, soy toda vuestra. Soy vuestra víctima, la víctima de la Eucaristía, la lamparita de vuestras prisiones de amor, la centinela de vuestros sagrarios. Jesús, quiero ser víctima de los sacerdotes, la víctima de los pecadores, la víctima de vuestro amor, de mi familia, de vuestra Santísima Pasión, de los Dolores de la Madrecita, de Vuestro Corazón, de Vuestra santa voluntad, la víctima del mundo entero... Víctima de la paz, víctima de la consagración del mundo a la Madrecita»

MUERTE APARENTE – En 1935, Nuestro Señor me avisó que moriría antes de la fiesta de la Santísima Trinidad de 1936. Como yo no conocía otra muerte, pensaba que era dejar el mundo y partir para la eternidad. En ese tiempo, todo eran mimos, consuelos y alegrías espirituales. A medida que se iba aproximando el día de la Santísima Trinidad, aumentaba mi alegría y contento. Iba a pasar en el Cielo la fiesta de mis tan queridos Amores, como yo les llamaba: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Los males de mi cuerpo iban aumentando y todo daba señal de mi partida. Dos días antes, Nuestro Señor me dice que moriría de las 3 horas a las 3,5 de la mañana y que mandase venir a mi Padre espiritual. Así lo hice. Llegó al caer la tarde y pasó la noche junto a mí. Me preparé para morir. Su Reverencia hizo conmigo un acto de entera resignación y conformidad con la voluntad de Dios. Pedí perdón a mi familia y canté de alegría:

**iFeliz, oh, feliz
Si yo tal conseguía,
Morir y cantar
El nombre de María!**

**Feliz quien mil veces,
En larga agonía,
Con amor repite
El nombre de María.**

La aflicción iba aumentando, a la hora marcada por Nuestro Señor, no sé lo que sentí, dejando de oír o que pasaba a mi alrededor. Mi Padre espiritual y mi familia rezaban el oficio de agonía, encendieron una vela bendecida, la metieron en mis manos, pero yo no supe nada de esto y así quedé algún tiempo.

Me creían moribunda y lloraban por mí. Para esos momentos, escuché el llanto de los míos, empecé a respirar y, poco a poco, me reanimé, pero, aún estando así, pensé: Estás llorando y siempre yo muero. Estaba siempre viendo cuando aparecía a la presencia de Nuestro Señor. No sentía pena por dejar el mundo y los míos. Cuando veía que mejoraba y no se cumplían las palabras de Jesús, cayó sobre mí una tristeza que no se puede calcular y un peso abrumador.

Era tiempo de que se tenía que retirar mi Director espiritual, y no teniendo tiempo para decirme una palabras de consuelo. Pasé la Fiesta de la Santísima Trinidad como una moribunda y dentro de mí todo era muerte. Las lágrimas me corrían, las dudas eran insoportables, por no sólo me sentía engañada con respecto a lo que me había dicho sobre este día, es decir, sobre la muerte, sino también en cuanto lo que me había dicho Nuestro Señor antes de este día. En los dos días siguientes, sentía como si todos estuvieran muertos. No había sol, ni luna, ni día para mí. Era insoportable mi vivir. Se acercaban a mí Deolinda y Çãozinha, únicas personas que sabían del caso y me decían: "¿No hablas con nosotros? ¿No te ríes? Yo decía: "Váyanse, retírense de mí, ya no soy la misma, jamás me verán reír, no habrá sol que me ilumine. Y lloraba. Debajo de tanto dolor y amargura, les hablaba de esta forma que ellas no tenían nada más que decirme.

Estaban combinando ir una de ellas a buscar a mi Director espiritual, cuando de repente apareció el Dr. Oliveira Dias, que venía en nombre de mi Director espiritual, que le había contado todo y como él no podía venir personalmente por estar en predicación, comprendiendo mi sufrimiento, así trató de aliviarlo. Él me esclareció el caso, me contó varios pasajes que habían tenido algunos santos y desde entonces supe que era la muerte mística, de la que nunca había oído hablar. Me pareció un ángel que venía del Cielo a serenar la tempestad de mi alma. Continué viviendo muy atribulada, pues Jesús parecía morir también pues quedé algunos meses sin oír su divina voz. Cuando aumentaba la agonía de mi alma, recordaba los casos que me había contado y me animaba con lo que me decía mi Padre espiritual.

UNA VISIÓN – A fines del año 1936, una noche se presentó delante de mí, a una pequeña distancia, un prado muy verde y florido. Las flores eran azucenas. ¡Y eran tantas! ¡Y tan perfectas! Pastaba entre ellas un gran rebaño de ovejitas, siendo imposible contarlas. El pastor era Jesús, en tamaño natural, muy bello y con un cayado en la mano. Me acerqué a ese prado y cuando iba a entrar en él, todo se transformó en un camino árido y seco. Caminé por una cuesta difícil de subir. En lo alto del monte, había un camino bastante asustador, porque estaba lleno de espinas. A mi lado izquierdo oía gemidos de ovejitas. Quería aproximarme para saber la causa de sus gemidos, pero un enorme desfiladero, oscuro, profundo, me impedía ver a las ovejitas y la causa de sus sufrimientos. Sentía que sufrían mucho.

Seguí caminando por ese camino, y más arriba, al lado derecho, oía lo mismo. En ese momento vi la causa de tan grande sufrimiento: estaba una ovejita, de lana blanca, pero muy sucia y presa en medio de grandes espinas, estaba allí caída. La primera impresión, fue que entendí que aquellos gemidos no podían ser de nostalgia por su madre, porque era una ovejita más grande. Al ver su estado tuve tanta pena que me aproximé y con todo amor y cariño vigorosamente la desprendí de las espinas. Después de soltarla, desapareció la visión.

Nunca más lo olvidé y lo cuento con la mayor facilidad, porque quedó bien grabado en mi memoria y en mi alma.

UNA GRAN CRISIS, SÍNTOMAS DE MUERTE – A fines de abril de 1937, pasé una gran crisis que me llevó a las puertas de la muerte. Empecé a vomitar de día y de noche, nada conservaba en el estómago. Los primeros días quedé en profunda postración; no conocía a las personas, no tenía hambre ni sed. El párroco me leyó tres veces las oraciones de la agonía. Oía gritos, pero no pensaba que moría, porque mi estado físico no lo permitía.

Hacia un año que recibía diariamente a Nuestro Señor, pues antes de eso lo recibía raras veces en el mes, lo que me hacía sufrir mucho y sentir mucha nostalgia por Jesús. No sé que fue, tal vez un milagro lo que hizo que el párroco me lo llevase todos los días. Yo pedía a Jesús esta gracia y otros lo pedían también por mí. Fue una de mis grandes alegrías alimentarme del Pan de los Angeles todas las mañanas.

En esos momentos de mi enfermedad -no recuerdo si fue de mañana o de tarde- vi entrar en el cuarto al párroco y le dije: "Quiero recibir a Nuestro Señor". Me respondió: "Sí, mi niña, voy a buscar una hostia y si no la vomitas, te traigo a Nuestro Señor". Así lo hizo. Nada más que la engullí inmediatamente la vomité. El párroco estaba desistiéndose cuando alguien le dice: Una hostia sin consagrar no es Jesús. Fue entonces que se resolvió a traerme una consagrada. La recibí y no la vomité. Nunca más dejé de recibir a Jesús Sacramentado por causa de esos vómitos. Cuantas veces entraba el párroco en mi cuarto para darme a Nuestro Señor, nada más lo recibía dejaba de vomitar hasta pasar una media hora. Entonces el párroco nunca temió darme la comunión. La crisis duró bastante tiempo, pero por diecisiete días estuve sin tomar nada, absolutamente nada. Mi medicina fue Jesús.

Yo decía: "Muerdo de hambre y de sed", pues sentía una sed abrasadora y una necesidad muy grande de comer. Mi mayor pena después que me sentí mejor y recordando que si me hubiese muerto durante aquella crisis, no habría tenido perfecto conocimiento de la muerte.

LA PROTECCIÓN DESVELADA DE JESÚS Y DE LA MADRECITA –

Durante el mes de mayo me quedaba sola a rezar, encendía unas velas. Una vez aconteció que cayó un encendedor e incendió la vela haciendo grandes llamas, pudiendo incendiar las toallas del altarcito o hacer estallar la redoma. Quise apagarlo y no pude; cuando estaba por llegar las llamas al piso, todo se apagó. No quiero pensar en la aflicción que sentí por no poder levantarme y poner término a una pequeña cosa que podría haber sido la ruina de nuestra casa.

Un día en que tuve que quedarme sola por algún tiempo, sufrí un gran susto. Vino una vecina a ver si necesitaba algo, y al irse dejó la puerta abierta y poco después entraba una cabrita que teníamos y se encaminaba a la sala donde había unos vasos de begonias muy hermosos. Con ellos se adornaba el altar de nuestra iglesia. Al darme cuenta la llamé, pero no me hizo caso. Le tiré unos pedacitos de masa y no los quiso. Le fui enseñando la masa y llamándola hasta que estuvo junto a mí, así la tuve más de dos horas. Cuando legó mi hermana, quedó admirada de ver como desde mi cama pude asegurar tanto tiempo al animal. Atribuyo esto a un milagro, pues habría hecho grandes estragos. ¡Cuánto debo a Jesús! Estaba presa en el lecho pero Él me evitó ese disgusto.

Poco tiempo después sufrí otro más doloroso. Mi hermana y mi madre estaban fuera y quedé con una joven que por orden de mi madre debía de ayudarme, hasta que llegasen. La joven, aún cuando tenía más de 20 años no entendió la orden sino creyó que debía ausentarse. Cuando ella salió le dije: Si quieres irte vete, que ellas me encontrarán viva o muerta.

Cuando salió, vinieron unos gatitos y me hicieron fiestas levantando las patitas en el aire para dar en mi mano y se pusieron encima de mi cama. Como no las quisiera allí, las sacudí y se fueron al suelo. Poco después sentí como uno de ellas caía en el agua y moría ahogado. La oí maullar y también la madre maullaba. Yo no tenía valor para oír todo esto, empecé a llorar y decía: "Madrecita, permite que venga alguien para ayudar. Váleme Jesús, Santa Teresita..." también decía: Pobrecito del que está preso.

Llegaron dos personas y oyeron mis sollozos, entraron en mi cuarto y quedaron pesarasas al ver al gatito muerto. Lloraba de pena por los animalitos pero no ofendí a Jesús. Este caso fue origen de grandes aflicciones morales, porque mi madre y mi hermana les pareció muy mal como procedió la joven. Pero todo le perdonaron y yo la perdoné.

Me gustaba quedarme sola los domingos, cuando había adoración al Santísimo Sacramento, decía a los míos que fuesen y me dejaran a solas con Jesús. Poco después de que salieron me puse a orar cuando oí abrir la puerta de la calle, subir las escalinatas pero hablando muy alto decía: "Abre la puerta". Por la voz conocí a la persona. Quedé muy asustada. ¡Qué sería de mí si consiguiese entrar". Apreté en mis manos mi rosario con toda confianza mientras la persona golpeaba la puerta con toda su fuerza. Pensaba en la forma en que le debía de hablar, asustada sin siquiera respirar. Como no consiguió abrir la puerta se retiró, dejándome en paz. Quedé tan llena de miedo que no quería quedarme sola, a no ser que cerrasen muy bien con llave.

Atribuí esta gracia a Jesús y a la Madrecita que me libraron de aquella mala compañía, pues antes querría estar acompañada por los demonios del infierno.

PRIMER EXAMEN DE LA SANTA SEDEⁱ – En mayo de 1937 recibí la visita del Padre Durão. Venía mandado por la Santa Sede para examinar el caso de la consagración del mundo a Nuestra Señora. Mi deseo era vivir oculta, sin

que nadie supiese lo que pasó. El Padre le entregó a mi hermana una carta de mi Director espiritual y le dice que me lo leyese. Al leer la carta que decía así: "Va el Padre Durão, háblele libremente y responda a todo lo que le pregunte". Quedé admirada y le dije a mi hermana: "¿Qué le digo?" No sabía que eran necesarios estos exámenes para casos como estos. Mi hermana me animó y me dice: "Dirás lo que Nuestro Señor te inspire".

Quedé sorprendida cuando me hizo preguntas de las cosas de Nuestro Señor, pero, sin la más pequeña excitación, comencé a responder a sus preguntas. Me dice que sólo quería que le dijese lo principal, pues no me quería cansar, viendo lo grave de mi estado. Le respondí que no sabía que era lo principal. Y entonces me dice: "Hable de esto y de esto". Y fue cuando me habló de la consagración del mundo a Nuestra Señora. Después de hacerme varias preguntas, de muy buen modo me dice: "¿No se engañará?" Al oír estas palabras me pasó por mi mente el engaño de mi muerte y pensé: "Esto es contra mía, voy a decírselo". Entonces respondí: "Engañé...". Y le conté lo que había pasado en la Fiesta de la Santísima Trinidad de 1936. El Padre no me dice si estuve engañada y sólo habló así: "Estas cosas cuestan mucho, ¿verdad?". Respondí: "Cuestan y quedo triste". Y comencé a llorar. El Padre me pidió no olvidarlo en mis oraciones y prometió nunca olvidarme en el Santo Sacrificio de la Misa.

Se arrodilló, rezó tres Avemarías a Nuestra Señora y algunas jaculatorias. Se despidió y se retiró. Lloré mucho y quedé atribulada y triste porque se sabrá cuanto tiempo he vivido ocultamente. Escribí después a mi Director espiritual contándole todo. Me respondió inmediatamente tranquilizándome y diciendo que era todo para gloria de Nuestro Señor.

PERÍODO EN QUE EL DEMONIO MÁS ME ATORMENTÓ – Para estos momentos, la vida material mejoró, pero se redoblaron los asaltos del demonio que ya tenía meses amenazando. Fue en julio de 1937 que, no satisfecho de atormentar mi conciencia y de decirme cosas demasiado feas, empezó a tirarme abajo de la cama, de noche y después a cualquier hora del día.

Al principio, lo pude encubrir hasta a las personas de mi casa, excepto a mi hermana, pasando por ser aflicciones del corazón. Poco a poco el mal fue aumentando y tuve que decirlo a mi madre y a otra persona que vivía con nosotros. Los que observaban los tumbos que daba abajo de la cama quedaban muy pesarosos, no suponiendo nada de lo que se trataba. Pasaban los días y el aumentaba. Una noche me tiró para el piso, pasando por encima de la cama de mi hermana, que estaba junto a mí. Ella se levantó y cogiéndome del cuerpo me decía: "Anda para tu camita". Apenas ella me sentó, me levanté rápidamente y de unos chiflidos.

Reconociendo el mal que había hecho, empecé a llorar y le dije a mi hermana: ¡Qué hice!. Ella me tranquilizó diciendo: "No te aflijas, que no fuiste tú". A la noche siguiente volvió a pasar lo mismo y le dije en voz alta: "No me dejo". Apartándola de mí. Cuando reconocía que hacía mal, lloraba.

Una noche en que pasé con el demonio las cosas peores que se pueden imaginar, cosas que yo desconocía e ignoraba, y lloraba amargamente y pensaba en no recibir a mi Jesús sin confesarme. Ese día el párroco estaba en la feligresía para traerme a Nuestro Señor, pero pensaba cuando me costaría decirle que no comulgaba sin reconciliarme, con recelo de que el párroco me preguntase la causa y tener que decirle todo, todo, y no quería abrirme con él. Al ver mis lágrimas mi hermana trataba de consolarme. Al no conseguirlo, me dice que en la tarde iría a hablar con mi Director

espiritual que se encontraba haciendo una predicación en una feligresía vecina a la nuestra. Le contesté que no se adelantaba nada pues ni a él le diría lo que había pasado. Le pedí una postal de Nuestra Señora y con gran sacrificio escribí lo sucedido y lo guardé debajo de mi almohada. De repente entró en mi cuarto mi Director acompañado de un seminarista, trayéndome a Jesús Hostia para que lo recibiera, recordando que el párroco estaba fuera. Cuando me dice que me traía a Nuestro Señor le contesté que no podía comulgar sin confesarme.

Las lágrimas y la vergüenza no me dejaban hablar. Con mucho trabajo le dije que había escrito una postal que guardaba en la almohada. Mi Director la leyó y comprendió, tranquilizándome me dice que todo lo preveía viendo lo que estaba pasando pero que no me había prevenido.

Fue tremenda esta tribulación, que se repitió varias veces. Tenía ataques muy furiosos dos veces al día, de las 9 a las 10 de la noche y después de mediodía por más de una hora. Durante los ataques sentía dentro de mí toda la rabia y furor del infierno. NO podía consentir que me hablasen de Nuestro Señor y de la Madrecita, ni podía ver sus imágenes, escupiéndolas. También no podía consentir junto a mí a mi Director; le ponía nombres, quería espantarlo y le tenía una rabia de muerte, tanto a él como a las personas de mi familia. Quedaba mi cuerpo ennegrecido con los golpes y corría sangre de las mordeduras. También decía palabras muy feas a los que estaba junto a mí. Quería que mucha gente presenciase esto para que temieran el infierno y no ofendieran a Jesús.

Después que pasaba la influencia del demonio y yo recordaba lo que había hecho y dicho sentía horrorosos escrúpulos. Me parecía que era la mayor criminal. Fueron meses de doloroso martirio. Podría decir más de esto, pero no puedo, mi alma se resiste a recordar tales sufrimientos.

JESÚS ME MUESTRA SUS DIVINAS LLAGAS – Una noche se me apareció Jesús en tamaño natural, desnudo apenas con una faja y una cinta en sus divinas manos, los pies estaban al lado y tenían abiertas profundas llagas. La sangre le corría en abundancia. La llaga del hombro escurría hasta la cintura, atravesando la faja y cayendo al suelo. Jesús se sentó a mi lado, quedando con las piernas hacia el suelo. Besé con mucho amor las llagas de las manos y ansiaba besar las de los pies. Como estaba sentada, no llegaba pero no le dije nada a Jesús. Pero Él, conociendo mis deseos, con sus manos cogió un pie lo levantó y me lo dio a besar y después el otro, dejándolo caer en la misma posición. Después contemple la llaga de su costado y la sangre que corría. Muy compadecida, lancé mis brazos a Jesús y le dije: "¡Oh mi Jesús, cuanto sufriste por mi amor!". Quedé un momentito recostada en el pecho de Jesús y después Nuestro Señor desapareció.

Jamás se apagará de mi mente esto, lo recordaré siempre, como si estuviera presente. Al recordar ese cuadro, siento mi corazón herido. Sólo por obediencia y amor a Jesús hablo de esto. Pienso que la presentación en ese estado de Nuestro Señor, sería para prepararme lo que ahora voy a describir. Qué Él me dé fuerzas y su gracia para hacerlo.

El 23 de julio de 1938 escribía: ""Jesús es mi fuerza, es mi amor, es mi esposo. Déjame, mi Jesús que yo, vuestra loquita de amor, os diga, no con los labios sino con el corazón: sólo a vos os pertenezco.

Es muy duro hablar de esto cuando se siente lo contrario. En las horas más amargas de mi vida, en los días de tanta lucha, en que el demonio me decía lo contrario, sólo lo contrario.

¡Maldito! ¡No te pertenezco! ¡Tú sólo eres digno de desprecio! ¡Eres la mentira!

Jesús es todo mío y yo soy toda de Jesús. ¡Corazón mío, grita alto, muy alto a tu Jesús, grita que lo amas! ¿Sí? ¡Qué lo amas más que todas las cosas de al tierra y del Cielo!!!

Soy de Jesús en la alegría, soy de Jesús en la tristeza, soy de Jesús en las tinieblas, en las más horribles tribulaciones, en la pobreza, en el abandono total.

Por Jesús sufro todo, por contemplarlo, para salvar a las almas.

Envía Jesús a vuestra Alejandrina, a vuestra víctima, todo cuanto se pueda imaginar, todo lo que haya o se pueda llamar sufrimiento. Con Vos, Jesús, con vuestro divino auxilio, y de vuestra y mía querida Madrecita, todo venzo, nada temo.

¡Te beso, te abrazo, Cruz bendita de mi Jesús!!!"

MI RETIRO ESPIRITUAL – Siempre que escuchaba que se hacía un retiro, yo decía: "Todos hacen un retiro, sólo yo no lo hago. No sé lo que es un retiro". Llegué a decir varias veces esto en presencia de mi Director espiritual. Entonces, él me prometió pedirle permiso a su Padre Provincial y una vez que él lo autorizase, vendría a hacer uno. Por altos designios de Dios, el permiso fue concedido y el 30 de septiembre de 1938 vino a principiarlo mi Padre espiritual.

Ya hacía tiempo que sentía grandes agonías en mi alma y a veces lista para caer en asustadores abismo. En estos días se redoblaron mis sufrimientos. Los abismos eran aterradores. La justicia del Padre Eterno caía sobre mí y me gritaba repetidas veces: "Venganza, venganza..." Aumentaban los sufrimientos de mi alma y de mi cuerpo. Es imposible describirlos, sólo sentidos y presenciados. Pasaba los días y las noches rodando por la cama, al oír la voz asustadora del Padre Eterno.

La mañana del 2 de octubre de 1938 me dice Nuestro Señor que iría a pasar por toda la Pasión, del Huerto al Calvario, sólo no llegaría al «Consummatum est». Sería la primera vez el día 3 y después quedaría a pasar por la Pasión todos los viernes, poco después de mediodía hasta las 3 horas, la primera vez se quedaría hasta las 6 horas, desahogándose conmigo y haciéndome sus quejas.

NO dije que no a Nuestro Señor. Avisé a mi Director espiritual de todo lo que me dijo Nuestro Señor. Esperaba el día y la hora con grande aflicción, pues ni yo ni mi Director teníamos idea de lo que iba a pasar. La noche del 2 al 3 de octubre, si era grande la agonía de mi alma, también fue grande el sufrimiento de mi cuerpo, comenzando a vomitar sangre y a sentir dolores terribles. Vomité bastantes días seguidos y durante cinco días, no tomé alimento alguno. Fue en ese sufrimiento que fui hacia la primera crucifixión. ¡Cuánto horror sentía en mí". ¡Qué miedo y hasta pavor! ¡Es indecible mi aflicción.

PRIMERA CRUCIFIXIÓN – Después de mediodía, vino Nuestro Señor a invitarme: "Mira, hija mía, el Huerto está pronto y el Gólgota también, ¿aceptas?"

Sentí que Nuestro Señor me acompañó por algún tiempo en el camino del Calvario, después me sentí sola, viéndolo a Él tan alto, en tamaño natural, clavado en la cruz. Recorrí todo el camino del Calvario sin perderlo de vista... era junto a Él que yo tenía que llegar.

Vi por dos veces a Santa Teresita. La primera vez iba vestida de monja, entre dos hermanas, a la puerta del Carmelo. La segunda vez, la vi cercada de rosas y envuelta en un manto celestial.

Nota – Dado que a Alejandrina nunca se dispone a describir la Pasión, transcribimos la siguiente carta, en la que describe a su Director espiritual los sentimientos de su alma durante las horas que precedían a la Pasión.

Balasar, 7/4/1939.

«Busco un momentito de alivio a mi sufrir. Espero la hora de mi crucifixión. No puedo hablar. Mi corazón está en marcha acelerada. Es una revuelta, es una barahunda en mi alma. El peso me aplasta. Tinieblas, noche pavorosa y triste; estoy en un abandono tremendo. Me imagino en medio de todo el odio de tribunal en tribunal. ¡Pobre de mí! Y no recibí a Jesús, pero confío que Él suplirá la falta en las comuniones espirituales, a pesar del enojo que tengo de mi misma y de mi enorme miseria. Ayer la temperatura bajó. ¡Qué horror sentía! Mi cuerpo era traspasado por agudos hierros de lado a lado. ¡Qué momentos tan terribles. A pesar del momentito de alivio, quedé siempre en una noche oscurísima, en una tristeza profunda. La noche la pasé toda haciéndole compañía a Nuestro Señor Sacramentado y me concentraba un poco en la tragedia del día siguiente. Me parecía que Jesús me invitaba al Huerto. ¡Qué movimiento de gente! Pero todo esto era sentido en mi alma.

¡Ay, Padre mío, me parece que todo esto que le digo es mentira! Hay tantas dudas.... Ay, ay, los miedos de toda la Pasión. Ya dije a Deolinda: Del modo que siento el corazón, es necesario un milagro para que resista. ¡Jesús sea conmigo! No digo más no puedo..."

Aquí interrumpe la carta, porque siguió la Pasión. Su hermana Deolinda nos la describe:

«Ay, Padre mío, lo que fue el día del viernes santo. ¡Es bien viernes de Pasión! Antes de comenzar, como veía yo su cara de aflicción. Temía pasar este día y me decía: "Ay, si hubiera pasado este día"... Yo la consolaba cuanto podía y la acariciaba, a pesar de que yo estaba también llena de miedo y muy afligida.

Durante la Pasión yo no pude pasarlo sin llorar y vi correr lágrimas en la cara de los asistentes. ¡Qué espectáculo tan conmovedor! La agonía del Huerto fue muy larga y aflictiva... Se oían los gemidos muy profundos y por veces sollozos. Pero la flagelación y la coronación de espinas fue terrible. Los azotes los toma de rodillas, con las manos (cómo que) atadas. Yo le llevé una almohada debajo de las rodillas, pero la quitó, no la quiso. Tiene las rodillas en mísero estado. Los azotes eran tantos, llevaron tanto tiempo... Ella desfallecía.... Los golpes en la cabeza (con la cabeza en la corona de espinas) fueron innumerables. Vomitó por dos veces durante la Pasión: era agua, pues nada más tenía para vomitar. El sudor era tanto que los cabellos estaba empastados y al pasar la mano por encima de su ropa, quedaba mojada. Cuando acabó la coronación de espinas, ella parecía un cadáver.

Vinieron a asistir el Canónigo Borlido más otras dos personas. También vino el Dr. Almiro de Vasconcelos con su hermosa y su hermana, D. Judite"

Continúa Alejandrina:

Durante algunos días fue doloroso todo mi sufrimiento. Continuaron los vómitos de sangre y una sed abrasadora que no había agua que me la

quitara. Yo no podía beber, pero pasaba días y noches seguidas con el agua corriendo en mi boca sin poder engullirla. Llegué a cansar a las personas que me veían. Después de pasar mucha y mucha agua por mi boca, aún exclamaba: Denme agua, mucha agua, pipas de agua... me parecía arder, nada había que me saciase.

Sentía unos olores horrorosos, no quería que las personas se acercasen a mí, porque todas me olían a perros muertos. Me daban violetas y perfumes a oler, pero todo lo repelía, porque era siempre el mismo olor que me atormentaba.

Los días en que me alimentaba no sentía mi paladar y desde que comía de todo tenía enojos, porque todo me sabía al mismo olor que tenía.

Cuanto más tendría para decir de esto, si pudiese describir todo cuanto siento. Me falta valor, pues cuesta mucho recordar estas cosas...

DUDAS Y RECELOS DE ENGAÑAR. EXÁMENES DE LOS MÉDICOS Y TEÓLOGOS
- Así como iban aumentando las gracias y favores para conmigo, así crecían también las dudas y recelos de engañarme y engañar a mi Director espiritual, también a todos los que vivían conmigo. Momento a momento crecía mi martirio. Todo me parecía falso e inventado por mí. Dios mío, que dolor para mi corazón. Las tinieblas caían sobre mí; no había luz que me mostrase el camino. Por más que mi Director me infundiese confianza, con había nada que me confortase. Con todo, me entregué en los brazos de Jesús, confiada a no ser arrastrada por la corriente.

Sufría al ver las lágrimas en todos los que me rodeaban y pensaba: Dios mío, si les falta valor a ellos, ¿cómo no me ha de faltar a mí? Qué grande humillación al ser observada, ¡Ah, si pudiese sufrir sola, sin que nadie me viese!... Bastaba que Jesús supiese cuanto sufría por Él.

Después de la segunda crucifixión, empezaron los exámenes hechos por unos Padres de la Compañía de Jesús. Sentía tanta vergüenza. No en las horas de la crucifixión, sino antes y después....

Empecé a sentir que mi Director espiritual sufría mucho íntimamente, por mi causa, esto es, por todo lo que me pasaba.

Después de estos, siguieron los exámenes médicos que fueron muy dolorosos, dejando mi cuerpo en mísero estado. Me parecía que andaba siendo juzgada de tribunal a tribunal, como si hubiera realizado los mayores crímenes. Me costaba mucho verlos entrar en mi cuarto y después de examinarme y observarme, verlos reunirse en una sala para discutir mi causa, dejándome bajo el peso de la mayor humillación.

Si no me engaño fue en la tercera crucifixión cuando vinieron los médicos a examinarme. Es difícil y sé que no puedo describir todo mi sufrimiento. Dejaban mi cuerpo martirizado, pero otras cosas había que me costaban aún más. ¡La vergüenza que me hacían pasar!.Triste escena la que hacía delante de ellos, ni la mayor criminal sería juzgada en un tribunal con más cuidado. si supiese abrir mi alma y dejar ver lo que pasaba en ella, porque estoy reviviendo esos días, y lo hablo solamente con el fin de hacer bien a las almas, mostrando cuanto sufro por amor a Jesús y de las almas. Fue por esto qué me expuse a tales sufrimientos.

Cuando mi Director espiritual me habló de ser examinada por los médicos, fue para mí un gran tormento, una grande barrera se levantó en mi alma. Quería sufrir escondida, que sólo Jesús supiese de mi sufrimiento. Pero

mandaba la obediencia. Me callé todo y acepté por Jesús. Faltaban los médicos para completar mi calvario. Algunos fueron verdaderos verdugos que encontré en mi camino.

Resolvieron que fuera a Porto. Me costó mucho convencerme, debido al estado en que me encontraba. Temía no poder hacer el viaje y a la invitación del médico asistente, le respondí: "¿Entonces, doctor, en 1928 no consintió que fuese a Fátima y ahora que he empeorado tanto quiere que vaya a Porto? Me responde: "Es verdad que no lo consentí, pero ahora quisiera que fuese". Le pregunté si mi Director espiritual sabía del caso y como lo afirmara, cedí al pedido.

El día 6 de diciembre de 1938, a las 11 horas, fui quitada de mi cama para llevarme a una ambulancia. Aquella mañana, fui muy visitada por personas amigas y en casi todas veía lágrimas en sus ojos, así como en mi familia. Yo procuraba alegrar a todos, fingiendo que nada sufría. Fue doloroso mi viaje, pues se necesitaron 3 horas para llegar a Porto. Paramos muchas veces.

En Porto, en el consultorio del Dr. Roberto de Carvalho, me tomaron una radiografía y fui cuidada por él en el camino, me dice: ¡Ay mi pequeña, cuánto sufres!

De su consultorio fue llevada al Colegio de las Hijas de María Inmaculada, donde me trataron muy bien. Lo que más me costaba eran los ruidos de la calle, llegando a veces a perder los sentidos. Allí fui examinada por el Dr. Pessegueiro, examen que sólo sirvió para mayor sufrimiento.

De regreso a casa, regresé de tener un viaje muy penoso. Cuando me encontré en mi cuartito, me vi rodeada de personas amigas. El 26 de diciembre de 1938 fui visitada para examinarme el Dr. Elísio de Moura, que me trató cruelmente, intentando hacerme sentar con toda violencia sobre una cadera. Como no lo consiguiese me tiró encima de la cama haciendo varias experiencias que me hicieron sufrir horriblemente. Me tapó la boca, me tiró contra la pared, dándome un fuerte golpe. Viéndome casi desmayada me dice: "Mi niña, no pierdas los sentidos". Sin querer lloré y todas mis lágrimas se las ofrecí a Jesús con mis sufrimientos, que fueron muchos, pues lo que digo es nada de lo mucho que pasé. Todo le disculpé porque venía en misión de estudio.

SEGUNDO EXAMEN DE LA SANTA SEDE – el 5 de diciembre de 1939 recibí la visita de nuestro párroco acompañado por el Canónigo Vilar y me dejaron a solas con él. Hablamos cerca de dos horas de varias cosas de Nuestro Señor para después entrar en el asunto que lo había llevado conmigo. Me dice: "Usted ha de extrañar mi visita pues no me conoce..."

Sonreí y le respondí: "Sé con certeza a que ha venido", A lo que dice: "Diga, diga, Alejandrina" Entonces dije yo: "Viene mandado por la Santa Sede y él me lo confirmó diciendo: "Es eso mismo". Y me presentó los documentos que había traído de Roma. Me hizo varias preguntas a las que le respondí. Le hablé de la crucifixión a lo que él me dijo: "Parece que hace más de tres meses que pasa algo...", apuntando a la Pasión mostró deseos de asistir, así que asistió el siguiente viernes.

Hablando de esto a mi Director espiritual, éste me aconsejó que le hablase con toda franqueza. Me visitó cuatro veces, pero sólo dos fueron obligatorias. Si no me engaño, después de la primera vez me dice: "Alejandrina, me alegró mucho de haberte conocido, pero no quisiera

haberte visto como te veo". Me confió el secreto de que se regresaba a Roma, lo que solamente sabía el Arzobispo.

Como me sentía muy a gusto platicando con él y tenía el permiso de mi Director espiritual, hablamos mucho de Jesús, porque me sentía sumergida en un abismo de santidad y de sabiduría, cosa que rara vez me sucede con otros sacerdotes. Le dije que no le hablaba así a otros sacerdotes porque no era costumbre mía, sino con él por la confianza que sentía. Me respondió: "Haces bien, Alejandrina, no digas nada, porque si se los dijese, ellos no comprenderían:

Lloré cuando se despidió de mí al partir para Roma. Prometió escribirme diciéndome que quedaba como su intercesora en la tierra. Recibí algunas caras de él en que me mostraba tener en mí entera confianza. Le respondí y nos ayudamos con oraciones a Nuestro Señor.

OPINIONES DEL PUEBLO. NUEVOS TORMENTOS – Jesús me pedía más sacrificios. Con los exámenes médicos y de la Santa Sede fui mi caso más conocido. ¡Era un martirio para mí pues quería vivir escondida de todos!

A pesar de mi familia, allá afuera decían al respecto mío y comentaban mi vida. ¡Pobrecitos de los ignorantes, cuántas mentiras decían! Afirmaban que la ida a Porto había sido para recibir una mensualidad que me iba a mandar el Dr. Oliveira. Para uno era de 300 otros de 500. Tanto valía deshacer las mentiras como no hacerlo, Ellos se quedaban con la suya.

Otros decían que había ido a sacarme el "retrato de santa", esto es, a avalar mi santidad por medio de una máquina. Mi hermana les dice (para quitar esa idea): "Si pudiese ser eso, también yo querría sacar ese retrato par ver en que punto de santidad estaba."

¡Qué pena tengo de que las cosas del Señor sean tan mal comprendidas!...

Otros entonces decía que todos los Padres que me visitaban andaban pidiendo limosna por las feligresías para dármele y por tanto que no me faltara nada.

Decían que yo esculpía en el aire, haciéndome bruja, que era cuerpo abierto, llegando varias personas a acercarse a mí para hacer varias preguntas como si adivinase. Yo les contestaba muy serena, fingiendo no comprenderlas, pero cuando insistían, les respondía: "Yo no adivino, ni nadie adivina. No tenemos el derecho de penetrar en las conciencias ajenas. Eso es sólo para Nuestro Señor."

Cuando me contaban lo que decían sobre mí, yo fingía no sufrir, pero sufría amargamente y respondía: "¿Ellos hablan de mí? Tendrán algo que decir. Yo no tengo, así que dejen que hablen para ellos. Nuestro Señor les perdone, que yo también les perdono. Hablan, hablan y hablarán. No hay quien los calle: unos contra mí, otros a favor mío.

Y así iba pasando el tiempo.

VISITA DE UN MÉDICO ENVIADO POR DIOS – El 29 de enero de 1941 recibí la visita de un Padre acompañado de varias personas de su feligresía. Se presentó al llegar, pero sólo después supe que uno de ellos era médico. Al saber que tenía junto a mí a un médico, quedé con vergüenza, no por haber dicho sobre mi sufrimiento, sino porque no lo esperaba. El médico se conservó callado y sonriente. No sé que sentía íntimamente. Cómo iba a saber que dentro de poco él sería mi medico asistente.

Comenzó a examinarme minuciosamente, pero con toda prudencia y cariño. Después de hacer su examen, invitó al Dr. Abel Pacheco, mi médico asistente en esas fechas, para que tuvieran una consulta. Quedé muy triste, porque ya estaba llena de exámenes médicos. Pero cedí, teniendo siempre en vista la voluntad de Nuestro Señor y el bien de las almas.

El primero de mayo de ese año fui examinada por el Dr. Pacheco. El examen duró pocos minutos, con todo me causó gran sufrimiento tanto en el cuerpo como en el alma. En el cuerpo porque sus manos parecían de hierro. Y en el alma, porque ya sentía humillaciones y el resultado de aquel examen. Con todo, aún estaba lejos del fin. Fui prevenida por el Dr. Dias que sería mejor regresar a Porto a consultar al Dr. Gomes. Si fuese la voluntad de Nuestro Señor. Pedí luz divina sobre el caso, porque en nada quería contrariarlo.

Pedí durante un mes. Pero cuanta más luz pedía, más quedaba en tinieblas, tornándose esto en dolor de mi alma, cada vez más profunda, no sabía que hacer, hasta que Nuestro Señor me dice que era Su divina voluntad que fuese a Porto.

Mi estado físico era gravísimo, temían el sacarme de mi lecho para tan largo viaje; hasta yo temía, y mucho, pues si no consentía que me tocasen en el cuerpo, como iba a poder ir tan lejos... Animada con las palabras de Nuestro Señor, confiaba en Él y, bajo su acción divina me preparé para salir en la madrugada del 1 de julio de 1941. Eran las 4 de la mañana, ya había hecho mis oraciones y para fingir que estaba muy alegre, empecé a llamar a mi hermana, diciéndole que íbamos para la ciudad. Sólo con este medio escondía mi dolor y alegraba a los míos. Cuando decía esto, sentí el automóvil que poco después llegaba a nuestra casa. Entró en mi cuarto el Dr. Dias, acompañado por un amigo. Después de conversar un poco, mi hermana me vistió y nos preparamos para salir. Partimos a las 4.50 hs., aún era de noche, para no alarmar a los vecinos y salimos de la feligresía sin encontrar a nadie.

¡En que silencio iba mi alma! Sumida en un abismo de tristeza, pero sin separarme ni un momento de la unión íntima con mi Jesús, iba pidiendo siempre tener el valor para el examen que iba a tener; y ofrecía todo mi sacrificio por su divino amor y por las almas.,Clamaba por la Madrecita y por los santos y santas a quienes más amaba. No le daba importancia a nada y todo lo que me iba pasando me causaba profunda tristeza. De vez en cuando, interrumpían mi silencio preguntándome si todo iba bien. Agradecía, sin salir del abismo en que iba sumida. Era ya de día cuando paramos en la casa del señor que nos acompañaba, en Trofa. Era allí en donde iba a descansar y recibir a mi Jesús, esperando la hora de seguir a Porto. Antes de continuar mi viaje me llevaron al jardín del Sr. Sampaio. Amparada y bajo la misma acción divina, fui hasta donde estaban unas florecitas, que cogí diciendo: "Cuando Nuestro Señor creó estas florecitas, ya sabía que hoy las vendría a coger". Después fui fotografiada en dos lugares que escogieron. Me trasladé de un lugar a otro por mis pies, lo que nunca había podido hacer desde que encamé, pues ni siquiera podía voltearme de lado en la cama. Sólo un milagro divino, pues sin él no me movía, ni siquiera consentía que me tocasen.

Después entré en el carro y seguimos el viaje, mi alma sufría horriblemente. Estando a seis kilómetros de Porto, Nuestro Señor retiró su acción divina. Empecé a sentir todos los sufrimientos de mi cuerpo y se volvió tormentoso el resto del viaje y dije, no por saber la distancia que faltaba, pero mi estado me hizo hablar así: "Ya estamos cerca de Porto". Y

alguien me dice: "Estamos, estamos". Porque había visto que faltaban los 6 kilómetros a los que me referí.

El traslado en el carro al consultorio fue lo que hubo de más doloroso. En el cuerpo sentía el mayor martirio y en mi alma la mayor agonía, pareciéndome que moría. Antes de entrar en la sala de consultas, decía a los que me llevaban en brazos: "Déjenme, aun que sea en el suelo". De repente apareció el médico y me instaló en una cama de observaciones, y allí estuve hasta que fuese observada. Poco antes de ir para la sala de consultas, Nuestro Señor quitó la agonía de mi alma, dejando solamente los sufrimientos físicos. Ya podía resistir mejor.

Comenzó el examen que fui muy largo y doloroso. Cuando me desvestía, me dijeron que no me afligiese. Y yo, recordando lo que le hicieron a Nuestro Señor dije: "También desvistieron a Jesús", no pensé en nada más. El Dr. Gomes de Araújo, a pesar de parecer un poco brusco, fue prudente y delicado.

De regreso a casa, Jesús volvió a ejercer sobre mí su acción divina para continuar mi viaje, pero me dio de nuevo las agonías de mi alma. Al pasar por Ribeirão, fui a descansar a la casa del Dr. Dias de Azevedo, a esperar la noche para entrar en la feligresía sin que nadie se enterase. Tanto en una casa como en la otra fui tratado por todos con mucho cariño, pero nada me confortaba. Sonría a todo, encubriendo lo más posible mi dolor. Salimos de noche y todo convidaba a un silencio cada vez más profundo. Todo me pasaba desapercibido. Durante el viaje sólo reparé en unas flores del jardín de Famalicão, porque me llamaron la atención. Llegamos a media noche a casa y así conseguimos que nadie notase esta mi salida.

Después de este viaje, los sufrimientos se agravaron mucho, mucho. Todo lo que debería sentir en el viaje los guardó Nuestro Señor para el día siguiente, empeorando cada vez más.

CARTA A NUESTRA SEÑORA

«Balasar, 30/4/1941

Querida Madrecita

Al principio de tu mes bendito, vengo a pedirte Tu bendición, Tu amor, para poder amar a Tu y mi querido Jesús. ¡Quiero amarlo tanto, tanto, quiere ser una loquita de amor, quiero vivir y morir de amor!. Ayuda, mi querida Madrecita a Vuestro Jesús a inmolar y sacrificar esta que quiere dar la sangre y la vida por las almas y por Vuestro Jesús. Dame, Madrecita, Tu pureza, Tu humildad, Tu obediencia, dame tus virtudes para que sea santa, para poder dar toda la gloria a Tu Jesús para quien sólo quiero vivir.

Madrecita, te pido esta limosnita del Cielo: quiero que el mes de mayo sea para mí el último que pase en la tierra. Quiero ir deprisa a gozar de Tu Jesús y de Tu compañía. Quiero continuar junto a Ti a implorar perdón y misericordia para este Tu mundo. Tu hija la más indigna, pobre Alejandrina.

P.S. – He de hacer caer una lluvia de gracias y de amor sobre aquellos y aquellas que en la tierra me son más queridos. Siempre tu hija. Alejandrina.»

VISITA DE REVº PADRE TERÇAS. CONSECUENCIAS DE ESTA VISITA – El 27 de agosto de 1941, recibí la visita del párroco acompañado por el Padre Terças y otro sacerdote. Esta visita fue de gran disgusto para mí, pues hice el sacrificio de responder a las preguntas que el Padre me hizo delante de todos lo que me costó muchísimo. Respondí a todo conscientemente,

porque pensaba que iría en estudio como otros habían venido. Sólo Nuestro Señor puede evaluar cuanto me costó tener que hablar del asunto de la Pasión y fue sobre esto lo que más me interrogó. Nuestro párroco me dice que quería regresar el siguiente viernes, día 29. No quería ceder a este pedido hasta consultar a mi Director espiritual, pero como me dijeran que se tenía que regresar a Lisboa en los días inmediatos, consentí diciendo: "Yo pienso que usted no vendrá aquí por curiosidad. Como me afirmase que no, cedí prontamente. Aunque me hiciese sufrir mucho su visita el viernes. Vino y trajo otros tres sacerdotes. No pensaba que estas visita viniera a traer para mí un nuevo calvario. No llevó mucho tiempo para que el Padre Terças publicase lo que observó y lo que supo de mí.

Que Jesús tenga en cuenta el dolor que me causó aquella publicación, por saber que mi vida fue publicada y mis secretos revelados, aquello que tanto tiempo escondí...

De vez en cuando escuchaba comentarios al respecto. Eran espinas que se clavaban en mi pecho, aun cuando las personas no lo hicieran por eso. Eran variadas las impresiones con que quedaban las personas que leían el libro o que oían hablar de mí.

Mi ida a Porto y la publicación de mi vida hicieron inquietar a los Superiores de mi Director espiritual al punto de prohibirle ir a verme y prestarme asistencia religiosa que tanto necesito, así como le prohibieron también escribirme y recibir mis noticias.

Después de esto, empecé a vivir de ilusiones: ¿Vendrá hoy mi Director espiritual, vendrá mañana? Venían a mi pensamiento mil y una cosas. Me impresionaba recordar que perdía en tiempo en cosas inútiles, pero no era capaz de desviar a mi espíritu de todo lo que hacía sufrir. Pasaba las horas persuadida de que todo podía suceder como yo pensaba. Un día me convencí de que a pesar de no haberme avisado por mi Director espiritual, vendría a celebrar el Santo Sacrificio de la Misa en mi cuartito. Pensé: Viene mañana sin avisarme. Empecé a escuchar el tren a lo lejos y al llegar al apeadero, me pareció que el tren se retrasaba por un desastre de que fue víctima mi Director espiritual, siendo golpeado en una pierna que le fue cortada. Querían llevarlo para Póvoa, pero como él les dijera que venía a visitarme, pidió que lo trajeran conmigo. Sentí como si viese entrar en mi cuarto al Padre casi moribundo, en los brazos de varias personas. Una de las personas lo traía la pierna en la mano. Cuando se presentó ese cuadro tan vivo en mi alma, sentí como si me pusiese de rodillas delante de Nuestra Señora, exclamando: "Madrecita, muestra aquí tu poder" que era el de colocarle la pierna. Después de esto, se me figuró que no había venido a esta casa y que lo llevaron para el hospital. Al saberse todo esto, sentí que sus hermanos en religión se regocijaban y decían: aquí esta una prueba evidente que Nuestro Señor quería que él fuese junto a ella.

Tuve más de estas ilusiones, todas parecidas, pero no me hicieron sufrir tanto como esta.

Mi vida fue toda una vida de sacrificio, casi puedo decir que no sé lo que es gozar, de lo que no siento ninguna pena. Me siento en el final de mi vida ya, si junto a la pena de haber ofendido a Nuestro Señor yo pudiera juntar el gozo de este mundo, era un horror para mí. Haber gozado el pecado, qué horror!

Anhelo la eternidad, porque sólo allá sabré agradecer a Jesús el haberme escogido para vivir esta vida de sacrificio, ansiando sólo amar a Jesús y salvar a las almas.

Sé bien que pocas almas me comprenderán, pero una sola cosa me basta: Jesús todo comprende.

MI ENTIERRO – Mis deseos son que mi entierro sea pobrecito. Quiero que mi ataúd sea de forma normal, ni muy sencillo, para no llamar la atención de nadie. Quiero ser vestida de blanco, como "Hija de María", muy modesta. Sin embargo, sé que tengo un vestido muy bueno, mejor de lo que era mi voluntad: ofrézcanlo y, como ya no voy a tener voluntad, por ser más perfecto, acepto todo lo que me quieran dar.

Si no fuera prohibido por la Santa Iglesia, quiero que mi ataúd tenga muchas flores. No porque las merezca, sino porque las amo mucho. Si fuera por merecimiento mío, nada tendría ni nada llevaría.

Mi voluntad es ir para la tierra sin ataúd de rumbo. También no quiero oficio, porque mi madre no tiene capacidad para eso. En el trayecto de mi entierro, quisiera el mayor recogimiento. Me causa dolor presenciar y oír la manera en que se hacen los acompañamientos fúnebres. No quiero autopsia, basta mi cuerpo en exposición de las consultas de los médicos, esto en cuanto esté viva.

MI TUMBA – Quiero ser enterrada con el rostro volteado hacia el sagrario de nuestra iglesia. Así como en la vida ansié estar junto a Jesús Sacramentado y voltearme hacia el sagrario la mayor de las veces posibles, quiero que después de mi muerte pueda continuar velando mi sagrario y mantenerme volteada hacia él. Sé que con los ojos de mi cuerpo no veo a mi Jesús, pero quiero quedar así para mejor probar el amor que tengo a la Divina Eucaristía.

Quiero que mi sepultura esté rodeada de plantas llamadas martirios, para así mostrar que os amé en la vida y os amo después de la muerte. Entrelazándose con los martirios quiero rosalinas trepadoras, de aquellas que tengan muchas espinas. Amo y amaré durante la vida los martirios que Jesús me da y las espinas que me hieren y los he de amar después de la muerte y los quiero junto a mí, para demostrar que es con espinas y con todos los martirios como nos parecemos a Jesús, es como consolamos Su Divino Corazón y que salvamos a las almas, hijitas todas de Su sangre. ¡Qué mayor prueba de amor podemos dar a Nuestro Señor sino sufriendo con alegría todo lo que es dolor, desprecio y humillaciones! ¡Qué mayor alegría poder dar al Divino Corazón sino dándole almas, muchas almas por quien Él sufrió dando su vida!

También quiero encima de mi sepultura una cruz y junto a ella una imagen de mi querida Madrecita. Si pudiera ser, quisiera que una corona de espinas envolviese la cruz. A la Madrecita para mostrar que fue Ella quien me ayudó a subir el camino doloroso de mi calvario, acompañándome hasta los últimos momentos de mi vida. Confío que así será. Ella es Madre y como Madre no me dejará sola en los últimos trances de mi vida.

Amo a Jesús, amo a la Madrecita, amo mi sufrimiento y sólo en el Cielo comprenderé el valor de todo mi dolor!!!

CUARENTA DÍAS PASADOS EN FOZ (1943) – Para satisfacer los deseos y voluntad del Arzobispo Primado, más de una vez me sujeté a una nueva conferencia, que se realizó el día 27 de mayo de este año. Cuando me lo comunicaron, un nuevo sufrimiento se apoderó de mi espíritu, pero como viese en todo la Voluntad santísima de Dios, acepté, como siempre, por

obediencia, pues lo que más me costaba era el de sujetarme otro examen médico. Cuando me dijeron el día en que iban a venir los médicos, pedí con todo el amor a mi querida Madre del Cielo que me diese la calma necesaria para soportar todo con valor y resignación, pues era por Jesús y por las almas que me sujetaba a todo.

Ese día, comparecieron mi médico asistente, Dr. Augusto Dias de Azevedo, el Dr. Henrique Gomes de Araújo y el Dr. Carlos Lima. Cuando llegaron junto a mí yo me encontraba en la mayor calma y serenidad. Nuestro Señor había oído mi pedido y lo había aceptado. Las primeras palabras de los dos médicos fueron saber si yo sufría y por quien ofrecía mis sufrimientos, si sufría contenta y si quedaría satisfecha si Nuestro Señor de un momento para otro me quitase esos sufrimientos. Respondí que realmente sufría mucho y que ofrecía estos grandes sufrimientos por amor a Nuestro Señor y para conversión de los pecadores. Nuevamente me preguntaron cual era mi mayor aspiración y respondí: "Es el Cielo". Entonces me dicen que yo quería ser una santa como Santa Teresa, Santa Clara, etc., y subir a los honores de los altares, llevar mi nombre como esos grandes por el mundo. "¡Es lo que menos me preocupa!"

Queriendo retirarme la confianza en Dios, me propusieron lo siguiente: ¿Si para salvar a los pecadores fuese necesario perder mi propia alma, qué haría? Yo tenía toda la confianza que con el fin de salvar almas, la mía será salvada también, pero si en el fin perdiese la mía, entonces, no, pues ni Nuestro Señor sería capaz de pedir algo así... Y aún dije más: prometí a Nuestro Señor mis ojos, que es lo que tengo más querido en mi cuerpo, si eso fuese necesario para convertir a Hitler, Stalin y todos los otros causantes de la guerra."

— ¿Y por qué no come?

— No como porque no puedo, me siento llena, no tengo necesidad de comer, pero siento nostalgia de la comida.

Después comenzaron a hacer el examen médico, que soporté siempre bien dispuesta. Fue muy riguroso, pero al mismo tiempo tuvieron cuidado de mi cuerpo.

Al final resolvieron visto que no estaba en condiciones de hacer un viaje, enviar para acá a dos religiosas para que certificaran la veracidad de que no me alimento.

Cuando ellos se fueron, Nuestro Señor me hizo sentir que la resolución que ellos habían tomado no se iba a realizar y quedé en espera de noticias que me trajesen la nueva manera de pensar de los médicos.

El 4 de junio, vino el médico asistente, junto con mi confesor a comunicarme la resolución de los médicos y convencerme a mí y a mi familia para ir al Refúgio da Paralisia Infantil, en un cuarto particular, estar allá un mes, para verificar más de cerca, todo lo que me pasaba. Yo respondí inmediatamente que no, pero luego me arrepentí de lo que había dicho por la obediencia debida, y dije que sí, porque no quería desobedecer a Sr. Arzobispo, dejar mal situados a mi Director y al médico asistente y a todos aquellos que tanto se habían interesado por mí. Puse unas condiciones:

- 1) poder recibir a Jesús todos los días;
- 2) mi hermana me acompañara siempre;
- 3) no tener más exámenes, porque iba para observación y no para examen.

Durante aquellos días previos a mi viaje, pedí a Jesús y a la Madrecita que

me diesen fuerzas y valor para ser el apoyo de los míos, que estaban desolados. Cuantas veces por la noche, con el corazón oprimido y las lágrimas en mis ojos, pedía a Jesús que me ayudase, pues me parecía que me faltaban las fuerzas y me veía sin valor para mí, cuanto más para los otros.

Llegó el día 10 de junio, que estaba preparado todo para mi partida para Foz. La amargura que se apoderó de mí era enorme, pero al mismo tiempo, sentía un valor tan grande que con eso podía encubrir lo que estaba en mi alma. Confiaba tanto en Jesús y estaba tan convencida de su Divino auxilio que hasta creía que si fuese necesario, Jesús enviaría a su ángeles a ayudarme en el exilio donde iba a encontrarme. Cuando llegó el médico junto a mí, no tuve valor para decirme que era necesario partir, pero entonces le dije: "Vamos, quien no va no viene."

Entonces comenzaron las despedidas. Sólo Nuestro Señor sabe cuanto me costó esta separación, pues vino mi familia a abrazarme y besarme llenos de dolor. Yo sólo miraba para el Sagrado Corazón de Jesús y para la querida Madrecita para pedirles que me diesen valor y fuerzas.

Al descender las escaleras, estando en la camilla, les dije para animarlos: "¡Valor, todo esto es por Jesús y por las almas!" No pude decir más, tal era la congoja que sentía en mi corazón y me sería imposible contener las lágrimas. Y yo no quería eso, no por mí, sino para no ser causa de mayores dolores a los míos. Cuando fui subida a la ambulancia, rodeada por más de cien personas, veía lágrimas en los ojos de casi todos, oía los gritos de mi madre y las demás personas de mi familia. Mi dolor era indecible. Ansiaba partir, partir deprisa. Mi corazón pulsaba con tanta fuerza que parecía arrancarme las costillas. En esta ocasión le dije a Jesús: «Jesús mío, acepta todas las pulsaciones de mi corazón, por Vuestro amor y para la salvación de las almas».

El viaje fue muy difícil, pues mi corazón lo sentía inmenso y parecía a veces que iba a sucumbir. Miraba hacia mi hermana y la veía muy desolada. El médico me decía que con enfermas como yo, no costaba hacer viajes, porque me veía siempre con una sonrisa en los labios, pero sólo Jesús sabía la amargura que estaba en mi corazón y las torturas de mi pobre cuerpo. Con las trepidaciones de la ambulancia yo sentía grandes aflicciones en mi corazón y repetía siempre: "Todo por Vuestro amor, mi Jesús, y que la noche oscura que siento en mi alma sirva para dar luz a las almas".

Al llegar a las últimas casas de Balasar, vi que el Sr. Sampaio levantó las cortinas de la ambulancia y noté que las lágrimas asomaron a los ojos del médico, que iba a mi lado y exclamó: "Pobrecillos". Al oír estas palabras, pregunté que pasaba. Me dijeron que unos niños, al lado de la carretera, lanzaban flores hacia la ambulancia. Me sentí entonces llena de compasión por las criaturitas, mientras las lágrimas recorrían mi cara. Cuando llegamos a Matosinhos, el médico levantó la cortina de la ventana de la ambulancia para que viera el mar. Entonces un silencio enorme se apoderó de mi corazón y, al ver el movimiento continuo de las olas y su llegada a la playa yo pedí a Jesús que mi amor fuese también así sin interrupción y duradero.

Llegamos cerca del Refugio y el Dr. Gomez de Araújo no quiso que la ambulancia fuera hasta la puerta y para eso dice a los enfermeros que bajasen la camilla y cubriéndome el rostro para que nadie me viese me

llevasen por la calle. Entonces mi corazón quedó más triste, pues adivinaba que serían para mí esos largos 30 días, que iría a pasar en esa casa. Mientras me llevaban con el rostro cubierto me parecía estar en un ataúd, Mi tristeza subía y me preguntaba a mi misma: «¿Qué crimen cometí?»»

La subida de las escaleras del Refugio fue un martirio, pues yo estaba de cabeza. Sólo en el cuarto me descubrieron el rostro, y me vi entonces rodeada por el Dr. Araújo y algunas de las señoras que iban a servirme de vigilantes, todo el tiempo que estuviese allí. Me colocaron en la cama, destinada para mí.

A mi hermana la mandaron a otro cuarto, contra lo que yo había pedido, pues este era uno de los mayores sacrificios que podíamos hacer, tanto una como otra. ¿Cómo había de pasar sin ella, que me daba todas las vueltas necesarias y me ayudaba con sus palabras cariñosas a llevar este doloroso calvario?...

Estaba apenas en mi cama cuando se presentó mi hermana con una maleta en la que teníamos nuestra ropa. El médico, Dr. Araújo, al ver a mi hermana gritó: "Es maleta para afuera". Fue espina sobre espina. Comenzó a dar órdenes: "Las vigilantes, las vigilantes" La enferma puede decir lo que quiera pero las señoras no tienen licencia de interrogarla.

Después de dar todas estas órdenes, se retiró, quedando el médico asistente y dos señoras que estarían allí permanentemente para vigilar todos mis movimientos.

En la nohcecita, al retirarse el Dr. Dias de Azevedo, no pude conseguir retener más tiempo mis lágrimas, que me bañaban los ojos. Mi médico tiene la fineza, el respeto por mi dolor y más que respeto, cariño: «Valor, mañana regreso para acá»

Lloré sentidamente, pero luego ofrecí esas lágrimas tan amargas a mi querido Jesús. Al verme tan desolada, siempre consintieron que esa noche quedase mi hermana junto a mí además de las dos enfermeras para ellas aprender las vueltas que acostumbraba darme mi hermana y me avisaron: "Sólo por esta noche, mañana ya no se queda."

Al día siguiente, que era viernes, comenzó para mí el verdadero calvario en aquella casa. En ocasión del éxtasis, como sucede todos los viernes, vino mi hermana junto a mí, encontrándose también el médico asistente y una enfermera.

Nada escapó a los observadores, ni los más pequeños pormenores que fueron después comentados. Tal como éstos: el Sr. Sampaio pulsó el reloj, ... mi hermana se arrodilló a los pies de mi cama para oír las palabras del éxtasis,... una enfermera lloró, etc... El Dr. Azevedo escribió, como siempre las palabras del éxtasis para entregarlo a los médicos.

Deolinda, que debía estar apartada de mi cuarto estaba apesurada y pedía: "¿Cuándo menos puedo ver a mi hermana a la puerta del cuarto? y tirada sobre mi cama lloraba inconsolable.

Fue entonces que le dije: "No te aflijas, Nuestro Señor está con nosotros". La vigilante que lloraba durante el éxtasis tocando su hombro le dije: «No llore, el Dr. Araújo tiene mucha caridad» Pero fue bastante para que esa vigilante no se aproximara más hacia mí, hasta en los últimos días, cuando había pruebas de la verdad, y aún así, acompañada de otras personas.

Todo esto se debió a una vigilante que fue mi verdugo durante los días de estar en Foz. Dios Nuestro Señor la perdone.

Esa noche tuve una crisis tremenda de vómitos que, como siempre, me hacen mucho mal y me afligen, pero más allí, que no tenía quien me amparase.

El sábado vino nuevamente el Dr. Gomes de Araújo a ver como me encontraba y saber de todo lo que había pasado. Mi postración era tan grande que no me di cuenta de cuando tocó la puerta, que estaba siempre cerrada con llave; sólo me di cuenta de que al pie de mi cama le decía a la enfermera: "Estas pronta, está pronta". Entonces abrí los ojos y le dije: "En casa también tengo estas cosas" La respuesta de él, muy pronta e imperiosa: Niña, no piense que viene aquí para ayunar. Comprendí a donde quería llegar y me sentí profundamente herida.

Cuando supo lo que había pasado el viernes, exigió los escritos del éxtasis y fue entonces qué dice gritando: "Parece imposible que el Dr. Azevedo, siendo tan inteligente, se deje llevar por estas cosas. Esto tiene que acabar. En tanto, que desaparezcan todos los relojes, para que ella ignore las horas que son..." (¡Como si Nuestro Señor necesitase de ellos!)

Al ver mi estado, quería medicarme, pero no lo consentí, ni lo consentiría. Muchas veces las enfermeras venían junto a mí, convencidas de que había muerto. Fueron cinco días de continua agonía, más del alma que del cuerpo, pues durante esas crisis no consintieron que viniera mi hermana junto a mí. Yo que en casa llegaba a necesitar de dos personas que me aliviasen. Pensaban que esas crisis eran por la falta de alimentación, porque al verme completamente aislada y sin nadie que me pudiese llevar cualquier alimento, yo sentiría la necesidad de pedir o entonces es que estaba muriendo. ¡Cómo estaban engañados! Mi alimento venía de la Hostia bendita de mi Comunión cada mañana.

Fue durante una de estas crisis que regresó a visitarme el médico asistente, y después de haber sido informado por mi hermana allá afuera de mi prisión. al pie de mi cama fue aconsejado por la vigilante que yo necesitaba tratamiento. Y yo, que no me había dado cuenta de que había entrado, abrí los ojos y escuché que decía: "Esta enferma vino para ser observada y nada más. Creía que el Dr. Araújo cumpliría con las condiciones. No consiento que se le de una inyección y otro medicamento a no ser que ella lo pida. Ya ustedes verán que pasada esta crisis, las ojeras desaparecerán, los colores volverán, el pulso regresará a su normalidad. Quizá no tanto a su normalidad, debido a los aires de mar... Lo que les aseguro es una cosa: morirán ustedes, moriré yo, pero ella aquí en el Refugio no muere."

Sentado al pie de mi cama, me dio el alivio que necesitaba. Porque Nuestro Señor así lo permitió y lo halló bien; pasados cinco días desaparecieron los vómitos por completo y el color natural del rostro volvió junto con el brillo de los ojos. En una nueva visita del médico asistente que iba frecuentemente a verme, le dice la vigilante esta frase: Doctor, vea esa cara. y él, muy delicado siempre contestó con firmeza. "Fue por los bifés que comió y las inyecciones que le dieron."

Jesús quiso más de una vez mostrar su poder en esta humilde criatura suya. Con todo, todas las señoras vigilantes cumplían bien las órdenes del médico, pues no me abandonaban ni un momento. La puerta de mi cuarto sólo se abría para dar paso a los médicos o a las enfermeras.

A esta transformación que hubo en mí, ni el médico ni las enfermeras se querían convencer de que era posible que yo continuara viviendo sin alimentarme. Porque se usaban argumentos para atemorizarme, se pasaba de repente a frases que mostraban cariño e interés por mi persona. Oí en las conferencias que tenían entre ellos que mi caso será de histerismo o cualquier otros fenómenos que no sabían explicar.

Un día en que se aproximó a mí el Dr. Dias de Azevedo, le dije que tenía mi alma muy atribulada: "Para ser tratada como histérica no necesito estar aquí." Pero él me respondió que tuviese valor y confianza. Y así lo hice, para cumplir en todo la voluntad santísima de Dios. El Dr. Gomes de Araújo me visitaba dos o tres veces al día siempre a horas diferentes, para ver si descubría algo, pienso yo y algunas veces entró en mi cuarto siendo ya de noche, siendo así que fue bautizado con el nombre de "cardenal diablo".

Aunque viviese hasta el fin del mundo, nunca más podría olvidar la impresión que me causaba el abrir o cerrar de las puertas del médico, porque estaba siempre a la espera de lo que me iba a decir. Sentía una impresión tan grande que mi corazón se estremecía y mi alma se sentía más triste. Y muchas veces decía y repetía a Jesús: "Qué esta noche sirva para dar luz a él, a las personas que me rodean y a todas las almas que se encuentran en tinieblas".

En las conversaciones y en los interrogatorios que me hizo, usó todos los medios posibles para convencerme de alimentarme y hacerme sentir que no debía de ser así. Pero la enfermera intentó muchas veces llevarme por el lado del corazón; una de las veces que habló conmigo, hasta quería ver si conseguía quitarme la fe. Se sirvió de cuantos medios tenía a su alcance y con interrogatorios interminables y torturantes para desanimarme, juzgando que todo esto, cuanto pasaba en mí fuese influencia humana y no de Dios. Todos los días que era interrogada por el médico me parecía estar delante de un lobo con piel de cordero, pero en este día fue peor aún: parecía ver en él al propio satanás, con sus artes, con sus sonrisas mañosas, intentando quitarme la fe y persuadirme que todo era ilusión.

«Niña, convéznase -me decía- que Dios no quiere que sufra. Si quiere salvar a otros, que los salve Él, si es verdad que tiene poder para eso. Si es verdad que Dios recompensa a los que sufren, para sí ya no tiene recompensa que darle, por que han sufrido".

¿Si fuese como él dice, porqué sufro yo?

Acompañaba sus palabras con una mirada maliciosa de demonio (así me parecía) Yo entonces le respondí: "Son tan grandes, tan grandes las cosas de Nuestro Señor, y nosotros somos tan pequeñitos, tan pequeñitos, al menos yo. Quedó silencioso y después indignado me dice: "Tiene razón, pero soy una persona mayor que un bocado". Y salió.

¡Qué lejos estaba el médico de conocer esta ley del amor de las almas! Si supiese el valor de un alma, vería entonces que nada es demasiado para todo cuanto hagamos para salvarlas.

Era una lluvia constante de humillaciones y sacrificios, ¡Oh, si yo supiese sufrir bien, cuanto tendría que ofrecer a Jesús! Siempre aparecieron cosas nuevas que me humillaban y sacrificaban. Tenía a los pies de mi cama un retrato de la pequeña Jacinta, que me habían mandado. Yo la miraba con amor, y entonces, ya sin temer que las vigilantes contasen al médico, decía así: Querida Jacinta, tú, tan pequeñita, supiste cuanto cuesta esto. Ayúdame, allá desde el Cielo donde estás. Sólo el auxilio del Cielo, sólo las oraciones de almas buenas pueden ser mi fuerza para subir tan doloroso calvario y soportar todo el peso de tan pesadísima cruz.

Era interrogada por el Dr. Gomes de Araújo siempre que venía junto a mí. Repetía las mismas preguntas y todas las veces me dejaba asustadísima, diciendo siempre: "Tenemos mucho que conversar".

Ya que lo veía salir del cuarto, respiraba profundo y me decía a mi misma: Gracias a Dios que estoy libre de ti. Pero luego el pensamiento de que él volvería me dejaba un sufrimiento muy amargo.

Un día sentado a mi lado derecho, procuró convencerme por todos los medios de que esto que me pasaba eran ilusiones mías entonces comenzó con unos rodeos aún más lejanos, sobre la medicina, hablando con un profesor suyo en un colegio de Porto, había gastado muchas horas de noche en su estudio, no había dormido y había escrito muchas páginas y se había convencido de que había acertado en su estudio y fue al encuentro del profesor para contarle el resultado de sus lecciones. El profesor le decía: "¿Tiene la certeza de lo que dice? Y él le afirmaba que sí, por esta y aquella forma. La conversación se alargaba y yo quedaba como si nada comprendiese y decía para mí misma: "Andas tan lejos para caer tan cerca". Mientras él continuaba diciendo: "Yo estaba convencido de que había hecho un trabajo correcto, el profesor me dejó decir todo y después me dice: "¿No ve que está equivocado, que no puede ser nada de eso, por esta y por aquella razón? Yo quedé: Dios mío, tantas horas perdidas, tantas horas de ilusiones, todo cae por tierra. Yo, que veía hace mucho tiempo a dónde quería llegar, sonreí y le dije: "No cae, Doctor. Tengo enfrente de mí a un Director muy santo y sabio y estudió mi caso por algunos años. Y, si es obra de Dios, no hay nada que la eche por tierra".

El Doctor un poco embarazado me dice: "Ay, no". Fingiendo con sus palabras que no era eso lo que él quería decir. Dada mi respuesta, de prisa se retiró y ya era tiempo...

Ay, mi Jesús, sólo con Vos puedo desahogarme, sólo con Vos son mis lágrimas. Cantaba con el mayor de los entusiasmos. pero dentro de mí y hasta en mis ojos me parecía que no había sol ni día. Algunas veces, durante la noche recordaba: ¿Qué estará haciendo ahora mi hermana? ¿Estará llorando? Y recordando que sufría por mi causa, una vez no pude contener las lágrimas. Lloré, lloré. Sólo recelaba de que Jesús quedase triste por mis lágrimas. Pero Él bien sabía que todo lo quería y lo aceptaba por Su amor, con el deseo inmenso de darle todas las almas. Y le ofrecía mis lágrimas como actos de amor para los sagrarios. ¿Cuánta más amargura, más amor, verdad, mi Jesús? Acepta.

Fue mi madre a visitarme los días 16 y 30 del mes. Tenía tanta nostalgia de ella. Estaba tan poco tiempo junto de mí y siempre bajo la mirada curiosa de las espías. Ella lloraba y yo fingía no tener corazón: sonreía y bromeaba con ella, la acariciaba, y con una sonrisa engañadora escondía la amargura que había en mi alma y retiraba las lágrimas que temblaban al deslizarse por mi cara. La animaba y me desahogaba solita con mi Jesús. Era mi cruz, ¿y quién no había de llevarla por amor de Aquél que murió por mí?

Así iban pasando los días en una lucha constante, alternados por la mudanza de las señoras enfermeras, que iban y venían conforme la voluntad del médico. Con algunas sufrí inmenso porque llegaron más lejos de los derechos que le competían y de los deberes que tenían que cumplir. Al aproximarse el día en que el médico había dicho que nos iríamos, visto estar convencido de la verdad, dejó a mi hermana pasar algún tiempo cerca de mí y de la vigilante que desempeñaba su misión, concediendo a los 29 días, una visita rápida de las hermanas franciscanas del Refugio, así

que pensaba mandar decir a los míos el día de regreso, cuando sin esperarlo, se dio lo contrario.

Una de las vigilantes le platicó sobre mi caso a un médico que no conocía del caso y lo que levantó nuevas dudas. Ese médico se atrevió a decir que no podía ser, que las vigilantes fácilmente se dejaban engañar y que sólo aceptaría todo mandando enfermeras de su confianza.

El Dr. Araújo, indignado por que no aceptaban las observaciones hechas por él, exigió que entonces se mandara también una persona de su confianza y escogió a su hermana. Cuando pensábamos ver suavizado nuestro dolor, fue entonces que se nos pidió una prueba más triste y dolorosa.

El Dr. Araújo procuró convencernos de que era conveniente pasar allá otros diez días, aunque él estaba convencido de la verdad y contra la voluntad de mi hermana, insistió que era necesario quedarse para convencer al otro médico. Yo respondí: "Quién está treinta, está cuarenta". Y así quedó todo resuelto.

El Dr. Álvaro, en verdad, no me exigía tanto tiempo, le bastaba, para convencerse, que yo quedase cuarenta y ocho horas sin comer ni evacuar y no exigía más.

Fue el mismo Dr. Araújo que, delicadamente, para honra de su nombre, invitó a quedarse a la señora cada día más. Después de cumplida su misión, esa señora regresó varias veces a visitarme, convencida de la verdad. Este último tiempo fue un verdadero calvario y yo ofrecía a Nuestro Señor y a la Madrecita este grande sacrificio. ¡Dura prueba, Dios mío!.

El Dr. Araújo, sin decirme que iba a hacer, tomó la goma que tenía sobre el estómago y una garrafa de agua que tenían las vigilantes para mojar el paño de la cabeza y la metió allí para que yo, que ignoraba el hecho, chupase del paño o de la goma, como el otro médico afirmaba y tuviese algún trastorno que ellas ya sabían exigiendo de las vigilantes que yo no pudiese que se me cambiara el hielo. Así lo hizo a pesar de que ella intentaba cambiarlo. Yo respondía: Me ponen fuera de mí para desfallecer. Manda el Doctor y así cumplo. Regresó entonces el rigor de antes o peor, prohibiendo de cualquier forma hasta que se me hablase de Jesús, creyendo que con eso podrían quitar lo que hay dentro de nosotros.

"No consiento -decía él- que llame a su hermana a no ser una vez en la noche". La vigilante, muchas veces como para tentarme, durante la noche con cariño impostor (no quiero decir que ella sea impostora, pero era la impresión que me dejaba): Santita, mi santita, -me decía- siempre en esa posición!!! llamo a su hermana...Gracias, señora -contestaba yo- no quiero. Manda el doctor y sólo que ella venga una vez.

Y cuando de hecho, mi hermana vino una vez a dejarme cómoda en la cama, como el médico permitiera, la vigilante encendía la luz, abría la puerta y se ponía junto a mi hermana: Ya que mi hermana se retiraba, fingiendo compasión y cuidados por el frío que pudiera tener, me descubría más, para ver si me había dejado algo entre las ropas.

Yo comprendía muy bien y abría los brazos sobre las almohadas para que elle viera mejor, fingiendo no comprender. «¡Sólo por Vos, Jesús!»

No faltaron seducciones para ver si tomaba algo de sus comidas. Cuando me mostraban bocadillos son decir nada me contentaba con sonreírles... Y

cuando me ofrecían comida con palabras, yo agradecía: "Gracias", siempre sonriendo, mostrando no comprender su maldad.

¡Cuántas veces me quitaron la ropa para ser examinada!

Cuando me veía sola, principalmente de noche, me pareció que el tiempo tenía la duración de la eternidad. Sentía que mi corazón fuese como los árboles que enraizan en sus venas por el suelo y por las paredes y que la furia de tanta tempestad las arrancaba, quedando todo por tierra... y que todos y todo me aplastase. La furia de la tempestad era tan grande que por fin, sentía que quisiese arrancar esas venas y todo cayese por tierra. Diciendo esto, siento de no decir nada de todo lo que pasé en esos días... Todo se me presenta pavoroso en mi memoria. ¡Qué tormento! Sólo el amor de Jesús puede vencer la locura de las almas!

Sintiendo acercarse el médico: "Allá viene el carrasco a visitar a la pobre encarcelada por el amor de Jesús y de las almas. No ofendí a nadie a no ser a Vos, mi Jesús, pero los hombres quieren que de esta manera y sin pensarlo, que yo pague así mis ingratitudes".

Viendo a mi hermana desalentada que aparecía de ven en cuando a la entrada de la puerta a preguntar si estaba peor... procuraba animarla. ¡Pobrecilla! Ella escuchaba la conversación del médico de que mi envenenamiento era cierto, por no evacuar... ¡Pobrecitos de ellos! Jesús sabe hacer mejor las cosas que los hombres.

La víspera de mi partida fue día de visita. Pasaron junto a mí todas las criaturitas del Refugio, a quienes di cariñitos y con quienes recé por todos los de la casa.

Mi hermana se sentía otra y todos lo notaron. Fui visitada tal vez por 1500 personas... Los policías tuvieron que intervenir para mantener el orden. Hallé muy gracioso a un policía que, encargado de mantener el orden, se limitó a ponerse junto a mí, contentándose con decirle a los que venían: "Pasen, pasen". ¡Qué impresión, Dios mío, aquel alboroto del pueblo. No valieron las súplicas de mi hermana para que acabase aquello. No valieron de nada los policías. El mismo médico fue a la ventana a decir que debía de acabar porque era imposible tanto movimiento para que no me mataran. Varios pensaron que había muerto. Yo, de hecho, quedé humillada, abismada y cansadísima con el enojo conmigo misma por los besos recibidos, las lágrimas, etc., que me dejaron en el rostro, al decirme de una estimación que no merezco ni quiero.

Lo primero que hice fue decirle a mi hermana que me lavase, el día de la partida, de mañana, el médico, que no durmió casi nada, por la responsabilidad, llegó al Refugio donde mucha gente esperaba poder visitarme... y después de estar un poco conmigo, dejó entrar algunas personas.

Fue entonces qué nos dijo que quedásemos bien y que la observación terminaba, dejó que mi hermana comiera junto a mí y me dice: "En el mes de octubre tendrá en Balasar mi visita, no como médico espía, sino como amigo que la estima:"

Reconocida, besé la mano del Dr. Araújo y agradecí todos los cuidados que tuvieron conmigo, y lo hice con sinceridad, pues sabía muy bien que aunque fue áspero conmigo, mostró toda la seriedad con que debía de ser tomado mi caso.

Aquella tarde del 20 de julio fueron las despedidas de las religiosas y de las vigilantes. Algunas de ellas vinieron a asistir a mi partida. Ya dentro de la ambulancia me dieron un frasco de perfume con un ramo de claveles, regalo que me hacía una señora. En el transcurso del viaje me ofrecieron dos ramos de flores. Las recibí por delicadeza, a pesar de no prever el resultado que tendría, que sería poco después la causa de mayores sufrimientos.

Pienso que las personas que me ofrecieron los ramos era porque sabían la locura que tengo por las flores. Sólo Jesús sabe cuanto amo a las florecitas, porque amo al Autor de ellas. Muchas veces me servían para meditar -veía en ellas el poder, la bondad y el amor de Jesús- Ni el perfume, ni las flores, ni la multitud de personas que rodeaban nuestro carro al recorrer el viaje, fueron de motivo de la más pequeña vanidad para mí. Cuando paramos para que descansara y veía al pueblo acercarse yo le decía al médico asistente, que venía a mi lado: Vámonos, vámonos. A veces me sentía impertinente, pero él tenía mucha paciencia conmigo.

Durante el viaje, lo viví dentro de mí. El mar, todo lo que se presentaba ante mis ojos, me convidaba al silencio, a la vida íntima con Dios. No tenía vanidad: todo eso era motivo para humillarme y hacerme pequeña hasta desaparecer. ¡Qué sería de mí si fuese juzgada por el mundo! Dejaban tanta malicia donde no había ninguna. ¡Perdónales, Jesús, no conocen vuestras cosas!

Me conmovieron las lágrimas de las vigilantes y de otras personas. Fue necesario telefonar a la policía para contener a todos. Y salí de aquella bendita casa alegre por haber cumplido mi deber y por regresar con los míos y a mi querido cuartito, del que tuviera tanta nostalgia. Hubo lágrimas, pero esta vez muy diferentes, fueron de alegría. Después ya estando en mi cama, por mucho tiempo no podía consentir que me tocasen, soltaba grandes gemidos de dolor. Fue el efecto del viaje. Y decía: ¿Por quién me sacrifiqué así? ¿Sería esto también por vanidad? ¡Mundo, pobre mundo! ¿Vanidad, pero a qué? ¿Qué somos nosotros sin Dios? ¿Quién sería capaz de sufrir tanto por una grandeza y una vanidad del mundo?

Cuarenta días pasados en Foz: sólo Jesús sabe lo que allá pasé, cuantas espinas me hirieron, cuantas saetas clavadas en mi corazón. ¡Cuántas humillaciones, cuántas humillaciones!

Cuánta razón tenía mi médico al decirme en la ida, al colocarme un paño mojado en la cabeza: Tiene por aquí unos cabellos blancos, pero cuando regresemos tendrá muchos más". Y así sucedió, ya adivinaba él lo que me esperaba. ¡Pero todo es bueno si lo pasamos por amor a Jesús.!

APÉNDICE

«Desde mis seis o siete años no me gustaba estar ociosa, me ocupaba en poner en orden todo lo de la casa. Me gustaba mucho ir al río a lavar la ropa. Cuando no tenía nada que lavar, me quitaba mi delantalcito y lo lavaba. Me entretenía en recoger leña, poniéndolas muy derechitas.

A veces trabajaba en el jardín, ocupándome de cuidar las plantas que iban a dar flores que ofreceríamos para adornar los altares de la iglesia.

Me gustaba que todo estuviera perfecto y aseado, lo mismo cuando estaba enferma.

Me enojaba que estuviera sucio y hacía limpieza, aunque me costara, porque me alegraba ver todo limpio.

Poco después de irnos de Póvoa de Varzim -donde aprendí lo poco que sé- venimos a vivir al Calvario. La casa donde vivíamos no era como es hoy, tenía la cocina en la parte de abajo. La primera noche que pasamos aquí, mi madre me mandó tirar fuera de la puerta de la cocina un balde de agua. Tuve miedo y por eso le dije que no iba. Ella me dio una bofetada. Por más voluntad que tuviera no le volvía decir que no iba. ¡Dios me libre! Ella nos buscaba la cara y no sé dónde debíamos ir a encontrarla.

Mi hermana, con sus doce años, empezó a aprender a coser. Una de los primeros vestidos que hizo fue una camisa para mí. La camisa era muy larga y con un talle como si fuera para un niño. Yo, a pesar de mis nueve años, me burlé de la obra y de la costurera. Me la puse encima de la ropa que traía y así me fui hasta la casa. Mi hermana, con carcajadas, iba diciendo: Alejandrina, quitate la camisa que es una vergüenza... no me importó, estuve así y también me reía.

En Santa Eulália de Rio Covo (tenía 11 o 12 años) vivían unos tíos que enfermaron de una fiebre llamada española. Mi abuela fue a cuidarlos, pero enfermó también. Para ver por todos fue mi madre que también enfermó. Por fin, fuimos nosotras. Mi tío murió esa noche y nos quedamos hasta la Misa del séptimo día: Fue necesario ir por arroz, pero tenía que pasar por el cuarto donde mi tío muriera. Al llegar a la puerta del cuarto, me sentí llena de miedo. No entré. Mi abuela vino junto a mí y me dio el arroz. Esa noche, era necesario cerrar la ventana. Llegando a la sala, me dije: "Tengo que perder el miedo". Y pasé despacio con esa intención. Abrí la puerta, pasé por donde estuvo el cadáver y fui al cuarto donde murió. Desde entonces nunca tuve miedo, me vencí a mi misma.

Cuando tenía doce o trece años, tenía mucha fuerza. Un hombre comenzó a hacerse el fuerte delante de las niñas. Estaba sentado. Me dirigí a él y me puse a gritar: "Déjame, déjame". Pero lo dejé sólo cuando quise. Mi fin era sólo: Cómo es hombre, que muestre su fuerza.

A los trece años le di una bofetada a un hombre casado que me había dirigido unas palabrotas... Tiré de espaldas a un joven rico que me esperaba en un lugar solitario, por donde tenía que pasar, para enamorarme.

A los catorce años, me agradaba asistir a los moribundos. Recuerdo a un hombrecillo que estaba moribundo y de una pequeña amiga. Fui a casa del hombrecillo y lo encontré en medio de unos mantelitos viejos. Fui a casa y le pedí a mi madre que me prestara ropa de cama. Mi madre me los dio y fui muy contenta a llevar la ropa y me quedé acompañando a las hijas. El hombre duró unos doce días. Apareció en casa del enfermo un hombre a pedirle leña a una hija de él, pero no tenía. Comenzó a disparatar. YO dije: "No ha podido ir a recoger leña, no tiene". El hombre respondió: "Si no fuera por la generosidad de tu madre, llevabas dos bofetadas. No me las dio porque me callé.

Vino una vez una pequeña a decirnos que estaba moribunda una vecina. Mi hermana cogió un libro y agua bendita y fue a la casa de la moribunda. La siguieron las dos aprendices de costura. Yo fui también. Mi hermana comenzó a leer las oraciones de la buena muerte. Estaba nerviosa y temblaba, pues le costaba mucho asistir a los moribundos. Mi hermana acabó de leer, cuando la mujer murió y dice: "Hasta ahora hice lo que pude, ya no tengo valor para más". Me quedé a ayudar a lavarla y vestirla.

Estaba llena de llagas. exhalaba un olor horrible. Creí que me caía sin sentido, porque me sentía mal. Otra mujer que se encontraba en el cuarto, viendo mi estado fue a buscar un ramo oloroso y me lo dio a oler. Sólo vine para casa cuando todo terminó.

A mis dieciséis años, ya enferma, fui a casa de una vecina donde mi hermana estaba trabajando en la costura. Al ver un vestido de niño, me vestí y aparecí junto a mi hermana y a la dueña de la casa. Se rieron mucho. Después me dice la dueña de la casa: "Ve a la puerta de la calle, para que te vean mis hijos y mi marido que están podando las vides". Yo pensé que me conocerían y fui. No me reconocieron y muy admirados pararon de trabajar para ver quien era ese personaje. De la ventana de la casa, mi hermana y la señora se pusieron a reír.

Entre los 17 y 18 años mi hermana y yo partimos a Aldreu para hacer flores artificiales con las celadoras, por petición del párroco. Ya me sentía enferma. Fui por ayudar a Deolinda y nos hospedamos en la casa del párroco. Dos jóvenes del lado de Viana estaban allá y querían enamorar a Deolinda, aun cuando ya nos veníamos. Le pidieron al párroco que pudieran jugar a las cartas con nosotras y el juego pasó en conversación. El párroco, cuando nos vio, les dijo a los jóvenes: "Estoy aquí desde hace cuatro años y nunca antes vinieron a jugar".

La noche siguiente, cuando habíamos de partir, hubo una gran lluvia que dejó mucho lodo. Estando yo enferma, la sobrina del párroco me prestó unos zuecos y mi hermana regresó descalza. Un cuarto de hora después de haber salido de la casa empezó a llover nuevamente. La sangre escurría de mis pies, pues no me quedaban bien los zuecos. Los dolores eran muchos así que tuve que descalzarme y nos mojamos completamente. Cuando llegamos a la estación, el tranvía ya había partido hacia cinco minutos. Mi hermana empezó a llorar al verme como estaba. Eran las nueve de la mañana. Sólo había otro tranvía hasta las 11 horas, pero sólo paraba en Barcelos, así que no nos convenía. Esperamos en la estación. Aparecieron unos profesores de Aldreu que nos llevaron a tomar café. Sólo continuamos el viaje hasta más tarde, hasta que llegamos a la casa de la tía en Santa Eulália. Ella preparó una buena refacción y no quería que nos fuésemos porque nos veía cansadas y era tarde. Seguimos y prometimos ir solamente hasta Chorento, donde vivía la tía Felismina. De allí fuimos a Balasar, donde llegamos de noche, tocamos la puerta pero mi madre no estaba en casa. Una vecina nos dice: "La señora Matilde está moribunda". Allá está vuestra madre. Fuimos por ella. Al día siguiente fui a casa de la moribunda. Una sobrina de ella me dice que necesitaba ir a su casa y le dije que yo me quedaba y ella me dice: "¿No tienes miedo?" Respondí: No tengo miedo ninguno. A poco, la señora Matilde agonizaba. Yo recé aquello que entendía, pero sin miedo alguno.

ⁱ *Nota del P.Pinho:* «Olvidó en la narración que en septiembre de 1936, se escribió sobre la Consagración a la Santa Sede.